LOS NOMBRES DEL AIRE
D. R. © Alberto Ruy Sánchez, 1987

ALFAGUARA

De esta edición:
D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., 1996
Av. Universidad 767, Col. del Valle
México, 03100, D.F. Teléfono 54 20 75 30
www.alfaguara.com.mx

- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
  Calle 80 Núm. 10-23, Santafé de Bogotá, Colombia.
- Santillana S.A.
  Torrelaguna 60-28043, Madrid, España.
- Santillana S.A.
  Av. San Felipe 731, Lima, Perú.
- Editorial Santillana S.A.
  Av. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1er. piso
  Boleita Nte., 1071, Caracas, Venezuela.
- Editorial Santillana Inc.
  P.O. Box 19-5462 Hato Rey, 00919, San Juan, Puerto Rico.
- Santillana Publishing Company Inc.
  2105 NW 86th Avenue, 33122, Miami, Fl., E.U.A.
- Ediciones Santillana S.A. (ROU)
  Constitución 1889, 11800, Montevideo, Uruguay.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
  Beazley 3860, 1437, Buenos Aires, Argentina.
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
  Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile.
- Santillana de Costa Rica, S.A.
  La Uruca, 100 mts. Oeste de Migración y Extranjería, San José, Costa Rica.

Primera edición en México: junio de 1996
Novena reimpresión: noviembre de 2003

ISBN: 968-19-0291-2

D. R. © Diseño: proyecto de Enric Satué
D. R. © Foto cubierta: Lourdes Almeida
D. R. © Caligrafías: Hassan Massoudy

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. de 2002

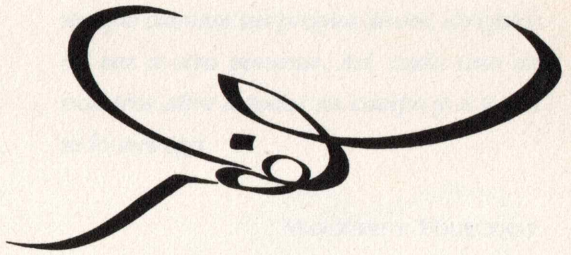
Uno
En las manos del aire

I.	Un gesto fijo y repentino	15
II.	Un secreto en el viento	21
III.	Tempestad callada	25
IV.	Ardor y desconcierto	29
V.	Presencia obscura	35
VI.	La mano	41
VII.	Luna en el agua	45
VIII.	Falso atardecer	61
IX.	Nueve pasos	67

Dos
Los nombres

I.	La ventana: *Fatma*	79
II.	Los peces: *Amjrus*	87
III.	La red: *Mohamed*	93
IV.	El aire: *Kadiya*	101

Para Margarita
en la complicidad del laberinto

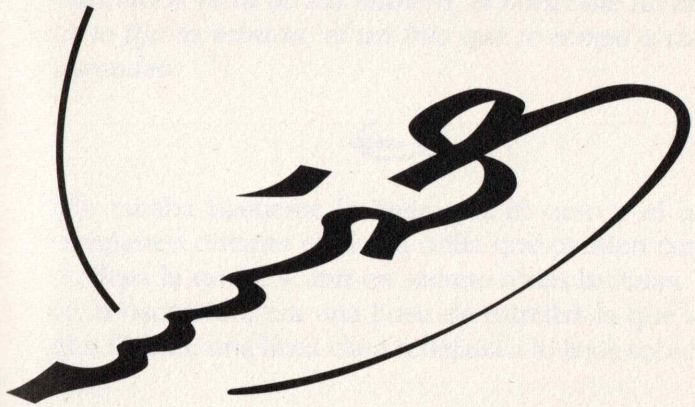


Sin saberlo, todos entramos en los sueños amorosos de quienes se cruzan con nosotros o nos rodean. Y sucede a pesar de la fealdad, la penuria, la edad o la sordidez de quien desea; y a pesar del pudor o la timidez de quien es codiciado, sin que cuenten sus propios deseos, dirigidos tal vez a otra persona. Así, cada uno de nosotros abre a todos su cuerpo y a todos se lo entrega.

MARGUERITE YOURCENAR

Uno

En las manos del aire



I. Un gesto fijo y repentino

Cuando se mira de esa manera, el horizonte no existe, lo fija la mirada, es un hilo que se rompe a cada parpadeo.

Ella miraba fijamente la línea que el cielo y el mar comparten durante el día, la orilla que pierden cuando llega la noche a unir en secreto todas las telas. Ya en la oscuridad, era una línea de estrellas la que sus ojos fijaban, una línea clara reflejada a lo lejos sobre el agua.

Ni el vuelo de los insectos sobre sus párpados podía cortar los hilos extendidos por su mirada: nada hacía de sus pestañas inquietas alas.

Fatma miraba así la lejanía, la última línea azul donde el océano parece quieto. Y aunque en sus ojos no se reflejara la profunda respiración del mar, al entrar el aire en su pecho parecían levantarse en él olas que luego descendían con suavidad, una tras otra, sobre las playas altas de su vientre. La tela ligeramente rojiza

que la cubría, casi un velo, daba a la piel clara de sus senos, de sus hombros, de su espalda, un color de arena muy mojada. Un mar secreto la estaba modelando: eso hacían pensar sus nuevos gestos.

Fatma, fija en su ventana como atrapada entre dos nubes, respirando en el mar la sal de sus anhelos, era como una duna sumergida bajo la más alta marea de sus sueños.

Parecía que un mundo nuevo había surgido en su cuerpo, poseyéndola lentamente, de la misma manera en que la noche se va apoderando de todos los rincones de una casa.

La primera persona en darse cuenta de que algo raro sucedía fue su abuela. Sólo tuvo que verla unos instantes para estar segura de que una fuerza nueva, tal vez maligna, estaba dentro de ella. Inmediatamente se puso a averiguar qué era lo que había violado la tranquilidad de su nieta y echado a volar su mirada como un pájaro al que por primera vez abren la jaula.

Corría en Mogador la hora sexta, la hora de la siesta: el momento en que los astros se reacomodan silenciosamente en la geometría del cielo para indicar, por medio de sus arabescos, nuevos caminos a los hombres que sepan descifrar esas figuras. Es la hora propicia para tirar las cartas, buscar signos ocultos, interpretar el canto de las aves o las formas de humo que arroja el incienso.

Como muchos habitantes de Mogador, Aisha, la abuela de Fatma, estaba segura de que tan sólo durante esa hora puede salir a la luz de los ojos humanos la escritura escondida en todas las cosas y en toda la gente. Para leerla, ella usaba un juego de cartas muy común en la ciudad de Mogador y que ahí era conocido con el nombre de La Baraja.

En la alcoba de Aisha, sobre un diván cubierto de almohadas, al pie de una ventana protegida con una gran celosía que las ocultaba del exterior, Fatma

eligió, siguiendo la posición del astro bajo el cual vino al mundo: Venus, las tres primeras cartas que hablarían de ella.

—Como me lo temía —le dijo la abuela al descubrir su primera figura en La Baraja—, dentro de ti hay ahora un pájaro altivo que vuela solo y en silencio, con el pico vuelto hacia donde viene el aire. Corres graves peligros. Aunque todavía no sé lo que te amenaza.

Fatma miró con asombro el gesto lleno de temor con el que Aisha volteó la segunda carta.

—La Espiral —dijo mostrando cierto alivio. El pájaro que llevas dentro vuela en espiral: su fuerza se mantiene y mejora mientras se acerca al centro que anhela. Pero los peligros siguen estando al lado de tu vuelo. Con La Espiral viene el número nueve: son los pasos que te separan de tu destino, es el tiempo de tu camino en la espiral, los alcázares concéntricos que deberás traspasar.

Aisha levantó la tercera carta como si de antemano hubiera sabido lo que había en ella.

—El Deseo...

Fatma sintió de pronto, con temor, que su secreto podría ser descubierto por la abuela. Pensó que debería levantarse y correr. Pero la obligó a permanecer quieta una ligera esperanza de que La Baraja le dijera cómo encontrar lo que deseaba. Aisha la hizo sacar otras nueve cartas, que dispuso en forma de espiral, en cuyo centro metió cuatro cartas más colocadas en los ángulos de un pequeño cuadrado imaginario.

Ese dibujo corresponde, y todos en Mogador lo saben, a la traza de la ciudad: la calle principal, La Vía o calle Del Caracol, que dando giros lleva de las murallas que rodean toda la isla a la plaza central, donde están los baños públicos y los tres templos de las religiones que conviven en ese puerto. La ciudad, para la gente de Mogador, era imagen del mundo: un mapa

de la vida tanto externa como espiritual de los hombres. En la muralla circular, cuatro torres sobre cuatro puertas señalaban los puntos cardinales: "el orbe entero cabe en una nuez, si se sabe elegir el garabato que lo representa", afirmaba en Mogador un proverbio muy respetado. En cada uno de sus giros La Vía luce una fuente. Ellas insinúan que el agua corre por la espiral hasta los baños de *hammam*, lavándolo todo y a todos.

Fatma fue levantando una por una las cartas mientras Aisha las leía:

—La primera dice que un canto muy suave pero muy intenso despertó en ti al pájaro que te domina; pero que lo despertó dentro de un nuevo sueño: tu anhelo está tejido en un tapiz de sueños que cubre tus movimientos.

Fatma descubría con prisa la cara ilustrada de las cartas, pensando tan sólo en obtener de ellas la pista segura para conseguir lo que con tanta desesperación quería.

En la séptima carta, importante porque siempre es la más hablantina, Aisha vio la sombra de otra ave; volando entre vapores. Vio también el monte de Venus, del que surgía la Luna para reflejarse en el agua.

Fatma de nuevo temió ser descubierta y, casi al mismo tiempo, levantó las dos cartas siguientes.

—Detente —gritó con alboroto Aisha—. Aquí está lo que buscas. Pero estas tres cartas pertenecen al pasado. Quieres algo que perdiste pero que se ha apoderado de ti. Veo otro pájaro, igual y diferente, que te metió en su espiral de fuego. Lo que buscas es ese pájaro.

Aisha misma levantó las cuatro cartas restantes, las del centro de la espiral. Fatma sentía sus propios latidos en el cuello, cortándole la voz y el aliento.

—En tu camino, Fatma, entrarás en sueños ajenos: veo una red y un par de peces bola. Veo también

una ventana abierta a una corriente de aire que se le escapa... Fatma —dijo Aisha después de dar un alarido—, el canto de tu pájaro entrará hoy de nuevo en el laberinto de tu oído, pero no sabrás distinguirlo. Estarás muy cerca del ave que persigues, casi la tendrás en la mano, pero no podrás reconocerla porque cuando llegues a ella habrá perdido los colores con los que la piensas. El aire te arrebatará lo que antes te había traído.

Más alicaída aún después de las palabras de su abuela, Fatma sintió en ella un reto enorme pero digno del deseo que la movía. De nuevo en su ventana, frente al mar, decidió tomar el desafío que se le presentaba e iniciar el viaje interno anunciado por Aisha. Su búsqueda había comenzado. Estaba ansiosa por demostrar que sí podría reconocer al pájaro que imperioso hacía volar a sus aves secretas.

La gran celosía de madera que enmarcaba la ventana de Fatma recortaba los rayos del sol en formas geométricas que semejaban estrellas. Un pequeño universo, al que Fatma daba la espalda, aparecía sobre una pared del fondo.

II. Un secreto en el viento

Casi podía ser vista la sequedad del aire. Aquella tarde en las costas de Berbería, sobre la ciudad amurallada de Mogador, el otoño se anunciaba en el viento. Sus impulsos invisibles, largos y secos, metiéndose como serpientes furiosas entre los arrecifes, arrancaban de esas piedras carcomidas el sonido de una desgarradura.

Y como todos los años, cuando se anunciaba así la estación, las aves del puerto parecían responder a ese ruido con graznidos de alarma. A la mañana siguiente, las más desprotegidas emigraban. Las pequeñas gaviotas Cola de Luna, los Pavos de Agua, los Cuervos Rojos, las Cigüeñas Friolentas, y las Aves Enanas —ésas que eran devoradas por los peces— hacían esa mañana giros cada vez más amplios sobre las barcas, y desaparecían. Las barcas continuaban golpeando pausadamente sus cascos contra los leños del muelle mientras las aves se perdían en el horizonte, aparecían de nuevo un instante acercándose de prisa y volvían a desaparecer.

La ciudad iba cayendo compulsivamente bajo el nuevo clima —pájaro cruel de plumas transparentes y frías—, mientras Fatma oía desde su ventana el viento entre los arrecifes, sentía sobre los labios la sequedad del aire, y dejaba que sus ojos acompañaran a las aves en su fuga indecisa. Pero la mirada de Fatma, alejándose obstinada, era en su vuelo el blanco de mil mur-

muraciones. En ella estaban clavadas las saetas de una población pequeña que veía en su fijeza la forma alada de un enigma: un posible secreto que perturbaba con su sombra la línea del horizonte.

Mientras cruzaban la ciudad cien rumores, el viento de la tarde removía la sal sedimentada durante el año sobre la muralla, levantando de la piedra largas y delgadas hojas blancas. Los niños corrían a recibirlas en el momento que las hojas de sal se desprendían del muro, y regresaban a sus casas caminando lentamente con las frágiles láminas sobre las manos. Nunca llegaban, porque el mismo viento que se las había entregado se las arrebataba, y al ponerlas a volar las convertía en un polvo tan delgado que ni siquiera era posible diferenciarlo del aire.

Fatma los veía hundir las manos en la piedra y levantar, suavemente, unas telas finas y estiradas que, bajo el sol y desde su ventana, parecían salpicadas de puntos brillantes. En las manos de los niños esas telas explotaban en silencio. Una nube luminosa los ocultaba completamente un solo instante, y se desvanecía mientras ellos manoteaban tratando de apresar lo que ya ni podían ver.

Fatma miraba con detenimiento una y otra vez la misma escena, que en esa época era en Mogador cosa de todos los días. Porque de pronto se había puesto a mirar minuciosamente las cosas de todos los días, encontrando en ellas la ventana hacia un mundo que, para todos los demás, resultaba un enigma. "Fatma, miras como si vinieras de otra parte —le decían—, como si estuvieras únicamente interesada en moscas que pasan lejos o en pájaros que vuelan de noche." Nadie pudo decir exactamente en qué día el ánimo de Fatma había tomado sus nuevos y extraños cauces.

Cuando todos se dieron cuenta ya parecía ser demasiado tarde y no había consejos que dar ni motivos claros para compartir lamentos. Ella estaba haciéndolo todo de una manera que exasperaba a las mujeres y a los hombres, pero que al mismo tiempo los incitaba a tratar de descubrir qué la había hecho cambiar así.

Todos en Mogador querían saber su secreto, y se habían puesto a tratar de descubrirlo como quien quiere obtener la confesión de un mudo interpretando sus silencios: cada quien iba poniendo palabras de su propio gusto en esa boca cerrada.

Fatma se daba cuenta de que a su alrededor se levantaban bruscas murmuraciones, pero no mostraba ninguna inquietud por ellas, como si todos sus pensamientos estuvieran embebidos en una tela invisible, y ella supiera con certeza que nadie podría nunca apresar su secreto, ya que éste era de una materia ligera y brillante, comparable tan sólo a las repentinas nubes de sal que por las tardes se escapaban de las manos cerradas de los niños.

III. Tempestad callada

Fatma había dejado de oír a la gente con más desenvoltura que si fuera sorda, como quien se deja ocupar totalmente por otra música: una voz absorbente, una canción que llama. No dejó de ver a los ojos de quienes la rodeaban, pero su mirada penetraba, casi hiriente, y luego se iba alejando, abriendo compuertas invisibles, para llegar a tocar algo que era como el fondo del aire.

Casi no hablaba: pronunciaba las palabras indispensables sin una más que se derramara de una sonrisa difícil. Al principio cualquiera hubiera pensado que estaba de mal humor o que cruzaba algunas horas de tristeza. Con el tiempo se fue haciendo inevitable captar que Fatma se había ido a un viaje sin regreso, muy dentro de ella misma, y que su alteración era una de esas heridas que ya no cicatrizan.

Alguien llegó a decir que ella había sido ocupada por el alma de un muerto que ahora le reclamaba su atención; y alguien más aseguraba que, en sueños, Fatma había cruzado las puertas prohibidas del Blanco Palacio del Secreto, y había quedado para siempre enamorada de alguno de los seres invisibles que lo habitan.

Para ciertas mujeres de Mogador, lo que la ceñía no podía ser sino un embrujo: la distracción o la tristeza eran poco para explicar eso que dominaba los ojos de Fatma.

Cuántas cosas llegaron a decirse sobre ella, sobre su ventana, sobre la manera extraña en la que sus ojos examinaban los cuerpos: desde muy lejos y muy adentro, dejando en todos una punzada que se irritaba con el viento, un deseo profundo de alterar su recorrido, de atraerla o rechazarla, de impedirle cultivar esos gestos que no se dejaban interpretar con certeza.

Para los habitantes de Mogador, Fatma se convirtió pronto en algo más lejano que un cuerpo extranjero. Conociéndola la desconocían, y ya sin poder saber lo que ocultaban sus pensamientos, quienes la veían depositaban en ella una parte de los suyos: los irritables la veían muy irritada, los friolentos aseguraban que tenía pulmonía, los temerosos de perder sus cosas se preguntaban de qué robo habría podido ella ser cómplice, los comerciantes buscaban saber a quién se había vendido con tan malos resultados, y quienes no olían en ella culpas precisas se vaciaban de todas maneras el pensamiento adivinando la humedad atrayente de los pliegues entre sus piernas.

Las murmuraciones casi le tocaban la espalda cuando iba al mercado (el gran Soko), a la fuente de agua potable, o al horno público. En los baños (el *hammam*), lograba aislarse gracias al vapor y a los rincones. Y donde menos observada se sentía era en el breve recorrido que la llevaba de la contemplación de su ventana a las orillas del embarcadero. Ahí donde las rocas son más grandes, junto a la muralla, bajando cerca del estrecho por el que los barcos se deslizan para entrar al puerto, Fatma miraba fijamente los repliegues del mar entre las piedras.

Quien la veía pensaba que algo buscaba en el agua, como algo parecía buscar en el aire cuando estaba en su ventana. En el viento lograba distinguir la misma agitación cadenciosa que ahora veía, más rápida, entre las rocas: el agua entraba y salía de los pasadizos arañados en las piedras, removiendo en las diminutas cavernas un musgo cuyos colores se escurrían del rojo al verde. Fatma veía insinuarse entre la espuma delgada que desaparecía ante sus ojos, una ventana pulida hacia el fondo del mar. Bajo su mirada, el fondo del mar y el del aire tenían los mismos paisajes escondidos, los mismos habitantes fugaces.

Y Fatma parecía saber en qué instante la transparencia del agua y la del aire se igualaban a lo lejos, creando ese destello en el que, de pronto, todo se ve.

Después de aquellos momentos ella parecía deslumbrada, y no faltó quien quisiera hacerle preguntas sobre el futuro, pedirle indicaciones para concluir alguna transacción arriesgada, o confirmaciones de felicidad futura ante un matrimonio incierto. A todos éstos, agobiada, Fatma los desconocía. Ellos eran, en la parte más obscura de sus ojos, como pequeños e insignificantes fuegos de artificio en lo que parecía ser una larga noche de tormenta; tal vez, una tempestad callada.

IV. Ardor y desconcierto

Fatma esperaba y era habitante de los lejanos movimientos que lograba ver: vivía en las profundidades de su larga espera. Y nadie parecía saber cuál era la ausencia que la obligaba a mirar velámenes hincharse por el camino donde los barcos se alejaban del puerto amurallado de Mogador. Hubo quienes llegaron a pensar que tal vez ni ella misma supiera con certeza lo que esperaba. ¿Algo impreciso pero indispensable? Tal vez, ojos que la miraran con la misma calma, o alguien tan dispuesto a ser mirado por ella como parecía estarlo la tarde a lo lejos. Y no faltó quien al verla quisiera entrar en su rostro buscando las marcas que rompieran su silencio: algunas líneas alrededor de los ojos o de la boca que dejaran saber para quién se preparaba su sonrisa.

Un ensimismado que salía de la escuela coránica todo lleno de certezas iba quedando intrigado al pasar cada día frente a la casa de Fatma y verla en su ventana mirando de esa manera hacia el mar. Era un hombre joven que aprendía con orgullo y esmero a ver una virtud mayor en la negación de su propia experiencia, y a encontrar en El Libro Santo explicación, ley y guía de la vida. Sin embargo, cuando se encontraba a Fatma se veía envuelto por una inquietud que las frases del Corán en su mente no llegaban a calmar. Comenzó a pensar en ella más allá del tiempo en el que la veía; fue invadiendo sus horas de reposo, sus horas de

lectura, y al poco tiempo también sus horas de oración. Pero cuando ella alguna vez llegaba a tenerlo enfrente, lo miraba con la misma indiferencia, no completamente despreciativa, que perturbaba a otros. Y él ardía en desconcierto al verla, porque no sabía identificar a la indiferencia: sarraceno de corazón, sólo conocía negativas desenvainadas. Deseaba a toda costa encontrar en la actitud de Fatma señales de una posible preferencia por él y buscaba ávidamente en el Corán una manera de descifrarlas.

De pronto, El Libro comenzó a ser insuficiente para sus necesidades, y eso hubiera sido para sus maestros algo tan grave como encontrarle imperfecciones a Dios.

Así que guardó en secreto su inquietud, y una mañana que despertó antes de la primera oración, entró solo a la biblioteca y abrió la caja sellada de los libros prohibidos. Ya había oído hablar del tratado sobre el amor y los amantes de Ibn Hazm, y cuando lo tuvo en las manos fue directamente hacia el capítulo sobre *Las señas del amor hechas con los ojos*. "Los ojos hacen a menudo las veces de mensajeros y con ellos se da a entender lo que se quiere. Si los otros cuatro sentidos son puertas que conducen al corazón y son ventanas hacia el alma, la vista es entre todos el más sutil y el de más eficaces resultados. Con la mirada se aleja y se atrae, se promete y se amenaza, se reprende y se da aliento, se ordena y se veda, se fulmina a los criados, se previene contra los espías, se ríe y se llora, se pregunta y se responde, se concede y se niega. Cada una de estas situaciones tiene un signo especial en la mirada..."

El ensimismado coránico iba al galope sobre esas líneas, encendido en el asombro de encontrar lo que en el Corán no cabía, atento sólo a su voraz curiosidad. Presentía, o más bien deseaba, que en este libro sí estuviera la clave de las miradas tangenciales de

Fatma hacia él. "Una seña con el rabillo de un ojo denota veto de la cosa pedida".

—Pero si no le he pedido nada todavía.

"Una mirada lánguida es prueba de aceptación".

—Ella ve así, pero no cuando estoy frente a sus ojos. Debe ser otra seña la que usa para mí.

"La persistencia de la mirada es indicio de pesar y tristeza. La mirada de refilón es signo de alegría. Entornar los ojos da a entender amenaza. La seña furtiva con el rabillo de los ojos denota súplica. Mover la pupila con rapidez desde el centro del ojo hacia la comisura interna indica imposibilidad. Mover ambas pupilas desde el centro de los ojos es prohibición absoluta..." Al llegar a esa línea sin encontrar su mejor respuesta se topó con la conclusión de Ibn Hazm: "Las demás señas de los ojos no pueden ser pintadas, descritas ni definidas *y se les comprende viéndolas*". Era como dejar al aspirante coránico sin silla, sentado en el aire. A él, que todo lo encontraba escrito en El Libro, le estaban diciendo de pronto que fuera a buscar cosas que ningún profeta había cubierto con su manto infalible. Comprendió o creyó comprender que por esa razón eran prohibidos los libros como éste.

Con la curiosidad encaminada a otras partes y al no ver en los ojos de Fatma señas claramente favorables, dejó de pensar en ella. Pero comenzó a frecuentar con enamoramiento los libros prohibidos. Con el tiempo dejaría de ser ensimismado y coránico absoluto; en secreto tendría opiniones contrarias a las de sus maestros, escribiría libros que también serían condenados.

Más tarde fundaría una secta herética: *Adoradores de la mirada que goza extendiéndose sobre lo no escrito*; escribiría poesía y moriría lentamente en una plaza pública, ya sin seguidores, apoyado únicamente por la soga dentada que muerde el cuello de los herejes que desafían la Alabada Palabra del Profeta.

Si el aspirante a coránico y futuro hereje hubiese puesto un interés más minucioso en la mirada furtiva de Fatma hubiese descubierto detrás de su silencio una desbordada elocuencia de gestos breves y otras señas sutiles. Podría haber hecho el inventario poético de las señas del deseo, de la misma manera que Ibn Hazm lo había hecho con las señas del amor. Porque la historia de Fatma en esos momentos era en sí misma como un tapiz donde se entrelazaban los hilos delgados de varias imaginaciones hirvientes de deseos, incluyendo antes que ninguna, por supuesto, la de ella.

Al leer esos libros prohibidos, el futuro fundador de la secta de los *Adoradores* descubría una tradición muy arraigada en la literatura arabigoandaluza, la tradición del *adab*: del tratado que es a la vez una narración y un poema, generalmente vividos, en gran parte, por el autor. Al ponerse frente a sus ojos, esa tradición parecía pedirle que escribiera la historia de Fatma y de sus deseos, mostrando públicamente la geometría sutil, la arquitectura que esos deseos habían construido en el espacio secreto de la imaginación de unos cuantos. Pero sus propios demonios de la vocación lo condujeron, inmediatamente, por otros caminos.

Fatma ya estaba de nuevo en su ventana, tensando el arco del horizonte, mientras el aún coránico, intrigado por sus ojos, rompía en secreto la cerradura de la caja prohibida. Ella no podía imaginarse hasta dónde llevaría a algunos la tenacidad de su mirada, pero sentía sin duda sobre sus hombros una lluvia de preguntas constantes. Y tal vez lo que ella esperaba era tan sólo un camino sobre el mar que la alejara de su encierro entre tantos ceños fruncidos interrogándola sobre su espera.

Alrededor de su ventana, largas líneas de ocre desvanecían la brillantez del muro encalado, como si la lluvia atrapada por el sol sobre el muro hubiera dejado en él las huellas de un quejido, sus arañazos dorados. Quien pasaba bajo la ventana de Fatma y la veía entre esas manchas escurridas que enmarcaban su cara, se daba cuenta de que en ellas estaban ilustrados sus más lánguidos sentimientos. Porque no era solamente en su cara sino también en las cosas que la rodeaban donde había que enterarse de qué manera crecía y se iba asentando en ella el callado animal de la melancolía.

V. Presencia obscura

No frecuentaba a nadie fuera de la abuela con la que vivía y aun de ella a veces parecía alejarse. Su soledad buscada era inquietante en el puerto y a algunos les desmentía las suposiciones de que estuviera enamorada. ¿Qué enamorada dejaría de frecuentar a su amado, aun si éste no le correspondía? Y sin embargo, en el Soko uno de los vendedores de almendras verdes y castañas crudas afirmó con mucha seguridad que las señas mostradas por Fatma eran las de alguien que se enamora, durante el sueño, de quien sólo entre sombras la visita. El comerciante dio pruebas de sus afirmaciones contando lo que le ocurrió a su abuelo, "que murió de una enfermedad de las ideas".

Ahmed Al-labí, el abuelo, vendedor de higos y dátiles remojados en azúcar, hizo fortuna desde joven. Tomó por esposa a la hija de un Caid que le permitió extender su comercio hasta la orilla del desierto por el sur y hasta dos mares por el este y el norte. Insatisfecho con los alcances de su dinero equipó caravanas que de oasis en oasis cruzaron varios desiertos, continuaban sobre barcas, y al regresar traían de tierras inimaginables seda, pólvora, oro y esclavas de ojos tristes como almendras delgadas.

Ahmed Al-labí despertó una mañana con una erección tan insistente que con las horas se hizo terriblemente dolorosa. Ni su esposa ni sus amantes habían presenciado esa terquedad y ese volumen, más

asombroso en una carne que estaba ya en la edad del tibio descanso. Fue inútil todo intento por apaciguarlo. Las matronas más experimentadas sólo consiguieron aumentar su hinchazón. Las brujas lo irritaron con ungüentos de piel de iguana vieja. Y los médicos fueron expulsados a gritos cuando blandieron sus afiladas navajas.

Sesenta días le duró a Ahmed Al-labí ese extraño sufrimiento que no amainaba un minuto y que, en ocasiones, lo hacía dar gritos de júbilo y dolor al mismo tiempo, justo antes de que su venosa torre expulsara el líquido blanco que cada vez parecía disolverse en el aire, como si algo invisible e insaciable lo devorara.

Cuando todo acabó, Ahmed pesaba veinte kilos menos, dormía tres horas más todos los días, y entre sueños conversaba dulcemente con alguien en una lengua incomprensible. Cuando estaba despierto anhelaba dormir de nuevo, se hundía en una tristeza cada vez más persistente. No vivió más de diez meses. Aunque creyó que eran años.

Poco antes de morir, el viejo Ahmed confesó a su nieto el sueño que tuvo la noche que comenzaron sus pesares: una esclava de ojos rasgados apareció mientras dormía, y eran tan lentos sus movimientos que él los siguió uno a uno con la mirada, como dejándose convencer por argumentos incuestionables. Un deseo profundo despertó en él dentro de su sueño. Pero la esclava se alejaba hundiéndose en un líquido amarillo, en el que Ahmed la seguía con los ojos cerrados. Al abrirlos para buscarla, el líquido se hacía rojizo y luego cada vez más transparente, hasta que tomaba de nuevo la consistencia del aire. Ella ya no se veía por ninguna parte, como si se hubiera disuelto en todo lo que Ahmed entonces respiraba. Despertó angustiado mientras su carne preguntaba por ella. Estaba en todo y no estaba, su olor era el del aire, su fuerza el

viento, su humedad la del clima, su presencia ligera y en ocasiones opresiva; siempre a su manera, exigente.

Después de contarle el sueño a su nieto, Ahmed le mostró una mancha lisa y colorida, como un tatuaje, que desde entonces había quedado como cicatriz en la parte más alargada de su sexo. La mancha tenía la forma de una araña roja, dorada y negra, que crecía con la erección sin empequeñecer después, como si se alimentara de ella. Sus colores, expuestos a los rayos del sol, daban la impresión de una flama. La araña maduraba y se fortalecía al correr los meses, mientras que el pene se arrugaba cada vez más, hasta hacerse diminuto.

Varias semanas después de aquel sueño, los emisarios de Ahmed Al-labí regresaban de Oriente con su cargamento acostumbrado. El viejo se precipitó para ver a las esclavas buscando alguna que saciara su entusiasmo. Su sorpresa se hizo furia cuando se dio cuenta de que, por primera vez, sus hombres no habían llegado con una sola esclava. Su furia se hizo miedo cuando le dijeron quién y cómo se los había impedido.

Llegando a un valle al que nunca habían penetrado, buscaron, como era su costumbre, la protección del Señor de esos lugares para llevar a cabo su comercio. Dominaba la región una mujer de treinta años, propietaria de tierras y de gente, que tenía una corte, un ejército y una biblioteca.

Todo un día interrogó a los hombres de la caravana sobre la vida de quien los enviaba. Se hizo describir durante horas hasta los últimos lunares que Ahmed tenía en la cara, sus ambiciones, su manera de hacer las cuentas, y muchos otros detalles. Entre ellos, sus ardores amorosos y su continuo afán de esclavas extranjeras.

Al llegar la noche terminó su interrogatorio diciéndoles: "¿Sabe su poderoso señor que puede morir

de fragilidad por haber extendido tan lejos el abuso de sus deseos?" No esperó respuesta, se retiró sin mirarlos.

Al día siguiente apareció frente a ellos con una esclava muy hermosa, de ojos rasgados, digna de perturbar los sueños del más poderoso o del más santo. Con ella salieron sus tres hermanas, terriblemente parecidas en su belleza. Cada una llevaba el nombre de uno de los cuatro vientos que recorrían aquella región. Eran un regalo para Al-labí que sus enviados no podían rechazar a pesar de presentir, como fuego, el peligro de llevarlas. Bastaba verlas para darse cuenta de que estando entre ellas era irrefrenable el deseo de perderse en el corazón de un torbellino. Antes de dejarlas partir, la Señora ordenó que a cada una le tatuaran en el vientre la cuarta parte de una araña roja, dorada y negra. Después las entregó, como oficiante de un sacrificio.

En los siguientes sesenta días de viaje las cuatro esclavas fueron muriendo extrañamente una por una, como si una fatiga milenaria se apoderara de ellas. Cada una, en su última noche, había pronunciado varias veces el nombre de Ahmed en sueños mientras su tatuaje desaparecía. Al comprobar las fechas de aquellas fatigas todas coincidían con las de Ahmed, y los tatuajes perdidos en ellas habían tomado vida en él exactamente a la misma hora. Después de que sus emisarios le contaron lo sucedido, Ahmed Al-labí vivió poco. Inmovilizado por el miedo, silenciado por la tristeza, ausente por la nostalgia de aquel sueño, asustado por la mancha que en tardes de viento ya casi le caminaba sobre el vientre, murió fijando la vista sobre una telaraña nueva en el techo.

Cuando el nieto, vendedor de almendras, terminó de contar la historia de su abuelo pronunciando ritualmente: "Que Alá lo haya perdonado", las mujeres que lo escuchaban en el mercado repitieron esa frase y, temiendo que esos males misteriosos se hicieran

presentes al nombrarlos, lanzaron al aire los entrecortados gritos guturales que en Mogador dan la bienvenida al que llega, y ruegan benevolencia para quien grita y los suyos. Entre esas mujeres se fue asentando la certeza de que el cuerpo de Fatma alojaba extraños y peligrosos visitantes.

Desde que corrió en Mogador la versión del vendedor de almendras sobre los males de Fatma, todos observaban detenidamente sus mínimos gestos adivinando en ellos los movimientos de otra vida. En la fuente que brota junto a la muralla —donde se puede ver a las mujeres discutir con los baldes vacíos, llenarlos sin mirar al agua y seguir hablando mientras se alejan con un cántaro en el brazo—, una de ellas recordó excitada la manera extraña en que los padres de Fatma habían desaparecido cuando ella era muy pequeña. Las otras mujeres la interrumpieron atemorizadas, antes de que pronunciara la historia que todas intuían, si acaso antes no la habían oído.

Fue entonces cuando una de ellas se decidió a desembrujarla sin consultar a nadie. Y en una de las horas en que la noche ya no es reciente, cargada de yerbas y amuletos, verificando la posición propicia de la luna, se escurrió en silencio hasta el pie del muro donde estaba la ventana de Fatma.

Bajo un brazo traía dos alas de halcón joven con las puntas de las plumas bañadas en sangre menstrual de una virgen negra. Con ellas barrería meticulosamente el aire por el que se desplazan los malignos. Colgando del cuello traía una piedra plana de dos colores que representaban la silueta de una fortaleza. Eso la protegería de cualquier enemigo.

En una bolsa de cuero con inscripciones sagradas guardaba una mezcla de tres yerbas fumigantes. Con ellas levantaría una espesa cortina de humo alrededor de las palabras rituales para que éstas, una vez pronunciadas lentamente, no fueran robadas por el

aire, y para que mezcladas con el humo tomaran una consistencia más visible. Mientras hacía las primeras conjuraciones, la brisa salada formó remolino en un ángulo de la muralla, y recorrió un corto trecho con tal velocidad que, al pasar junto a la mujer de los embrujos, le humedeció las yerbas y le arrebató una de las alas.

Tuvo miedo y apretó en la mano su piedra fortaleza. Desilusionada confirmó al día siguiente que su intento había sido inútil y, según ella, eso delataba aún más la presencia grande, poderosa y obscura que habitaba a Fatma.

VI. La mano

Pudiera ser que los motivos secretos de Fatma fueran más carnales de lo que muchos pensaban, y que la extraña presencia espiritual que algunos le atribuían haya sido en realidad una callada ausencia. Porque en el rostro de Fatma, en todo su cuerpo, la belleza se había teñido precisamente de ausencias. Sus manos tomaban las cosas con miedo de perderlas, con fuerza y al mismo tiempo con suavidad, como si temiera también romperlas.

Sus labios parecían delineados para moldear el sonido de las más frágiles palabras, y humedecerse al morder la piel de los frutos extraños, ignorados pero presentidos por su boca. En sus largas piernas, los apetitos más íntimos parecían mandar sobre la tensión de sus músculos y haber ocultado sutilmente esa prisa bajo la delicadeza de su piel.

Caminaba como si siempre supiera a dónde iba, pero siempre demorándose en llegar. Algunas veces eran tan grandes las ausencias que delineaban su figura, que ella misma dejaba de verse; y hubo quien pasó bajo su ventana sin percibirla, y quien al hablar de ella sintió la fragilidad de su presencia. En Mogador se pensaba que ella tenía un pie puesto en otra parte, y que con obscuros poderes alguien lejano la llamaba sin indicarle el camino. Al mencionarla no decían "allá está", sino "allá parece que está". Para los otros "la melancólica Fatma" era algo así como el reflejo de sí mis-

ma, la imagen de una imagen adolorida, apenas algo que se percibe en el aire.

Para algunos, su ventana abierta se veía aún más vacía cuando ella asomaba la cara. Sin embargo, para Fatma, la ventana no era la caja de sus *nadas*, como suponían al verla, sino la puerta que la conducía a todas las cosas y a ninguna. Era el estuche de donde tomaba la sed de todo, ya que todas esas ausencias volátiles que eran el aire de su melancolía, tenía raíces en las partes de su carne que más fácilmente atraviesa la imaginación. Raíces que tomaban su calor del vientre y su humedad de la piel.

Cuántas veces, sentada en su ventana, dejaba deslizar sus dedos sobre los labios, lentamente, de tal manera que ella misma ya no sabía si su dedo venía de un lado o del otro, porque más bien parecía recorrer profundidades, provocar la erupción de sentidos nocturnos, la humedad acelerada de su aliento. El aire de mar que tomaba en la ventana era las manos que suavemente la iban tocando por dentro. Erguida iba llenando sus pulmones, abandonándose al aire para sentir su progresiva presión desde adentro. Al mismo tiempo, dejaba caer sus dedos sobre la garganta, pintaba sobre su cuello alargadas caricias, que descendían hasta hacerse ligeramente redondas al encontrar el nacimiento de sus senos: que ya le ofrecían premiar dulces demoras en la dureza de sus cimas.

Sus dedos suben y bajan todas las espirales de su cuerpo coincidiendo a cada momento con los otros dedos que la recorren por dentro. Ambos se reconocen a través de la piel como dos puntas de alfileres encendidos que recorren las dos superficies de una tela y donde se encuentran queman.

Los dedos del aire que tomaba en su ventana le daban a sus manos los poderes para encender su cuerpo. Es el mismo aire que le tensa las piernas, que le produce entre las piernas torbellinos, el otro clima de

los días, el que sube como las mareas, el que flota indeciso a las seis de la tarde.

Qué podía saber de Fatma la gente que la miraba apacible en su ventana si ella misma no se interesó en mostrar la densidad de sus sobresaltos y el sabor intenso de sus aguijones. Porque incluso cuando ella salía a pasear por las calles cercanas al muelle, y buscaba con sus pasos inciertos provocar al azar, favorecer un encuentro, nunca permitía que la imaginación de los otros comenzara a figurarse quién o quiénes eran aquellos que Fatma deseaba encontrar en cada esquina; qué caras tenían, y qué nombres, quiénes habitaban el aire movido por el mar hasta su ventana.

Y pudiera ser que tuvieran la espalda ligeramente ondulada y musculosa del tinturero que Fatma sorprendió bañándose en la fuente la mañana que salió más temprano que de costumbre a buscar agua; o que tuvieran la cintura suave y el pecho vibrante de la mujer que vio correr sobre las rocas antes de entrar desnuda al mar; o los ojos grises de los gemelos que jugaban a los dados en la tienda de especias; o los brazos, que se levantan ligeros como la noche, de la negra esbelta que vende leche. Los brazos que la perturban cada vez que se extienden hacia ella para entregarle su compra o el resto de su dinero. Pero sólo Fatma podía saber si el aire que tendía una mano hasta su cuerpo y le cortaba el aliento tenía un nombre, un solo nombre, pronunciable en secreto y con alegría.

VII. Luna en el agua

La muralla blanca que encierra a la isla de Mogador brilla en la noche. Los marinos se acercan a ella pensando alegres que es como la luna, que está en el agua y los llama. Cuando se alejan por mucho tiempo de su blanca ciudad flotando en el mar, una inquietud se va apoderando de ellos hasta que los vence y, guiados más por la nostalgia que por las estrellas, vuelven y encajan sus barcas de mástiles erectos bajo los arcos y las puertas de la muralla vibrante. Si el trayecto de regreso es largo, por la noche los asalta en el sueño la extraña imagen de una ciudad desnuda, como una amante esperando en un puerto. Color de luna, la piel humedecida de sus anhelos.

Antes de verla, obviamente la presienten. Pero sentirla así no los calma, al contrario, los precipita como veloces aves ciegas. Hasta que de pronto la oyen: Mogador es una ciudad de voces que resuenan, y sus murallas son como los labios que amplifican y modulan su canto. Sobre cada una de las seiscientas sesenta y seis torres que tiene la muralla, un dragón hueco de piedra, que gira con el viento como veleta, recibe los ruidos de la ciudad por un embudo entre las piernas traseras, y los lanza por las fauces transformados en complicado canto arabesco que, dicen, hace llorar de emoción a quienes por primera vez lo escuchan.

El coro de dragones es algunas veces rugido y otras alegría de la ciudad, es también su lamento, su

más hondo canto. Para los marinos que a lo lejos lo oyen es el anuncio de que la carne por fortuna es débil, y de que sus inquietudes, que hace poco eran ambiguas e inconsistentes, tomarán ahora un cuerpo deleitable; como almas que vagaron puras y perdidas y que, por un descuido de su destino, reencarnan gozosas en un momento de lujuria verdadera. En Mogador, los frágiles deseos de un marino, de una mujer en su ventana, de un extranjero, de un vendedor de pescado, siempre parecen tomar cuerpo cuando los canta el coro de dragones; y son como una ráfaga de viento que al golpear el agua de un estanque se hace piedra, y al hundirse se hace pez, y al saltar sobre la superficie vuela como un ave que en el viento de nuevo se desvanece.

Caminando por la parte más alta de la ciudad, Fatma se detenía cada vez que un viento ligero agitaba el velo rojo que le cubría la espalda. Cuando el viento cesaba, un silencio profundo que duraba sólo un instante parecía querer decirle algo. Luego salían a flote los murmullos de la calle, voces perdidas, objetos golpeados, ladridos y campanas, quejidos, risas y pasos; muchos pasos que se mezclaban con el lejano rugido de las olas. Llegaba de nuevo el viento haciendo de todo silbido y, otra vez, el silencio diminuto se metía hasta los huecos de la mente, entrando por la parte más blanca de los ojos. Ya estando ahí, convencía a cualquiera de que todas las cosas están vivas.

Sin darse cuenta, Fatma acariciaba cualquier objeto que tuviera a su alcance; una piedra lisa, una cinta bordada, un arete en filigrana, una hoja de olivo. Inclinaba suavemente las yemas hacia cualquier tejido, como si pudiera adivinar algo en él con sus manos. En cada cosa sentía la fuerza de vidas anteriores que no habían alcanzado otro cuerpo para reencarnar; y entre sus dedos algo herido, como un sexo de las cosas, hablaba.

Fatma levantó la vista hacia uno de los dragones, que parecía descansar en la muralla de su vuelo circular sobre la ciudad, y pensó que a ella también el viento cargado de voces se le había metido entre las piernas, y la iba inflando de dulces alaridos que muy pronto le reventarían por la boca. Pero entre las voces que se habían abierto camino en el laberinto de su cuerpo, una sola lo humedecía, una era la que había sabido abrir las puertas secretas del sexo y su imaginación.

Era una voz de mujer, la de Kadiya, escondida entre todos los ruidos de la ciudad, la que ahora obligaba a Fatma a oír con detenimiento el quejido de todas las cosas. Y el caracol vacío de su oído, como el del sexo, se le abría para recibir las palpitaciones, los murmullos inquietos de la piel del aire.

Cada uno de sus gestos sostenía una lenta conversación con todo lo que se cruzaba en su camino. Diálogo de asombros. Un gato salta la barda de un jardín, trae plumas de pavo real en el hocico. Cae un cántaro al agua, quien lo soltó suspira y se queja mientras lo saca. Sobre carbón encendido, garbanzos, habas y avellanas. Dos niños vienen comiendo y esconden algo: una sandía. Bajo un árbol la revientan y hunden las manos en ella disputándose las semillas. Se van con los puños cerrados escurriendo agua roja. Ya sin verlos se oye que aún ríen. En cada puerta una mano tiznada dejó toda su huella: es para prohibirle la entrada a algún muerto. Fatma oye una pelea entre dos comerciantes. Un saco de arroz se vacía sobre el suelo. Dos dagas aparecen. Un griterío interviene y los hombres se aplacan.

Cuando Fatma quiso cruzar una calle estrecha, hombres con estandartes y tamborines, sin quererlo, se lo impidieron. Detrás de ellos, otros sobre mulas blancas y negras, cantando y rezando, levantaron una espesa nube de polvo que casi les llegaba a la garganta.

Fatma tuvo que repegarse a un muro para no ser atropellada por la procesión. Tuvo que adherir completamente las piernas, la espalda y la nuca a la pared encalada y húmeda. Sentía frío y la polvareda la ahogaba, la algabaría la aturdía.

Ya todo había terminado en la calle y Fatma seguía con ese malestar, hasta que una rápida corriente de aire subió del mar hacia ella. Al respirarla con tranquilidad, la sintió sobre la cara y sonriente pensó reconocerla. Ahí estaba de nuevo Kadiya, y nadie sino ella parecía sentirla. Ese resplandor que viaja en el aire es la sonrisa de Kadiya, brillante en el recuerdo de Fatma como ciertas tardes en las que la luz parece nunca alejarse de tan satisfecha. Fatma se veía hecha mil astillas atraídas hacia la boca sonriente y afilada de Kadiya, y la aguda comisura de sus propios labios conservaba, imantada, todos los restos de los besos de Kadiya hechos también invisibles limaduras.

En esas imágenes venían tejidas unas cuantas palabras pronunciadas lentamente en las compuertas de su oído, y se habían convertido en uno de esos ecos que nunca se apagan. El nombre mismo de Kadiya era ya un secreto guardado con resonancia, como todas las sensaciones de aquella mañana en que las dos se encontraron por primera vez en los corredores húmedos y vaporosos del baño público: el *hammam*.

ق

Como todas las mujeres de Mogador, Fatma frecuentaba el *hammam*, que durante las mañanas abría sus humedades tan sólo a los cuerpos femeninos, reservando el agua de sus tardes para lubricar las asperezas de la complicidad masculina.

¿Qué era el *hammam* por la mañana? Torbellino secreto: grito, pastilla de jabón disuelta en agua, cabellera enredada, yerbas de olor evaporadas, un gajo

de naranja en una fuente de semillas de granada, menta y hashish en labios gruesos, depilaciones apresuradas, sandalias de madera hinchada, tierra roja para teñir el pelo, un durazno mordido, flores obesas, azulejos vivos, desnudez sumergida que se mueve como reflejo de la luna en el agua.

Al igual que el horno público, al que cada mujer lleva su harina amasada y hablando con las otras espera a que su pan se haga, el *hammam* es uno de los lugares donde las mujeres de Mogador pueden tejer los hilos delgados de sus complicidades. Ninguna de las tres religiones mayoritarias en la isla ha logrado extender sus prohibiciones hasta el *hammam*. Dentro de sus muros ninguna frase del Corán, del Talmud o de la Biblia puede ser pronunciada, mucho menos escrita y se supone que ni pensada. Las mujeres se cuidan de entrar siempre con el pie derecho y salir con el izquierdo, como si tan sólo un paso fuera dado entre la entrada y la salida; así sitúan al *hammam* fuera del espacio y del tiempo. Por lo tanto el *hammam* tiene sus propias leyes, que son las de la purificación total del cuerpo, del que se busca extraer toda la tristeza porque es dañina, y ejercitarlo en el placer que revitaliza. Son las leyes de la más vieja brujería que busca estimular la belleza y la vida ocultando las declinaciones de la edad.

Lo que afuera es ilícito, dentro del *hammam* es tan inconsistente como una fruta cuya cáscara se diluye en el aire y no se sabe ya dónde comienza. Las temperaturas progresivas, los cuerpos surgiendo del vapor como si ésa fuera su materia, las voces y sus ecos, los masajes infalibles, la enorme fatiga y la excitación adormecida, son algunas de las mil felices antesalas que el asiduo del *hammam* recorre en su viaje sin meta. El descanso y la limpieza no son lo primero que se busca en el *hammam*, aunque pueden ser algunas de sus muchas consecuencias.

Como las otras mujeres, Fatma sabía que por la tarde, al cambiar el sexo de sus habitantes, el edificio mismo del *hammam* era diferente al que ella conocía, como lo es el día de la noche. Ya los rumores que se oían desde la calle después de mediodía eran aviso de las transformaciones del lugar.

Si por las mañanas las risas se hacían agudas y a veces chillantes, pulidas como puntas de agujas entretejidas en la maraña de voces: gritos oscilantes entre el llanto y el canto; por la tarde las oleadas se iban enronqueciendo hasta culminar varias veces en vociferaciones aisladas que exageraban notablemente sus tonos varoniles, como queriendo incrustar en los otros la erección de su presencia.

Pero aunque la prepotencia de la tarde y la histeria de la mañana fueran los dos rígidos extremos que mantienen tensos a los muros del *hammam*, sus muchas habitaciones y fuentes desencadenan, mañana y tarde, los laberintos propicios a la existencia de los ánimos y los sexos intermedios. Una inscripción sobre la entrada del *hammam,* en gruesos caracteres rojos entrelazados con una fina caligrafía de otros colores encendidos, decía:

Entra. Ésta es la casa del cuerpo como vino al mundo. La del fuego que era agua, la del agua que era fuego. Entra. Cae como la lluvia, enciéndete como la paja. Que tu virtud sea la alegre ofrenda en la fuente de los sentidos. Entra.

Aquella mañana, Fatma entró al *hammam* resintiendo el contraste entre la luminosidad aplastante del exterior y la penumbra salpicada de colores por los pequeños vitrales que desde el techo distribuían su dosis de sol sobre la primera habitación. Era un cuarto muy grande, uno de los más amplios del lugar, con las paredes encaladas tan sólo, y una hilera de ganchos a la altura de la cabeza, donde las mujeres dejaban todas sus telas. Junto a la puerta había una silla alta desde la cual una mujer obesa y vociferante cuidaba las cosas de todas, y recogía el dinero que cada una pagaba para iniciar el recorrido de las aguas.

Fatma veía de golpe más de cien telas diferentes colgadas en los muros. Los mantos, túnicas y velos reunían más tejidos que en cualquier almacén de Mogador. Tenían colores y motivos que no podían ser vistos juntos ni en los baúles de los comerciantes que venían de Oriente. Cada tela parecía más suave que las otras y la diferencia entre cada una era sutil pero decidida como el filo de una navaja. Fatma pensaba que sus dedos enloquecerían si tuvieran que orientarse entre esas texturas, y no podría elegir ni rechazar alguna. Con el mismo asombro miraba la piel de quienes iban abandonando las telas. Trataba de adivinar si había correspondencia entre la suavidad de algunas espaldas y la de sus linos o sedas. Jugaba a imaginar que con el tiempo y el uso, la tela y la piel puestas en contacto, ejecutando los mismos movimientos, se contagian mutuamente cualidades y defectos. Aquella mujer que tenía un manto desgarrado en la cintura sacó a relucir una marca larga y notoria sobre la piel del vientre. ¿Dónde comenzó la herida? ¿Fue primero el zurcido o la cicatriz?

Otra más allá tenía un color de piel que sólo podría haber sido imaginado por una teñidora que, mezclando yerbas varios días obtendría ese tono acerado, entrevisto sólo en los tabiques dentro de un horno encendido. Cuando Fatma dejó su vientre descubierto, pensó, burlándose de ella misma, en una felpa aplastada; y metió sus dedos abiertos entre los vellos enredados para darle espesor a su propia tela negra.

Al quitarse la ropa y sentir sobre su cuerpo la luz del sol, intensificada y coloreada por los vitrales del techo, Fatma se había sentido tocada con delicadeza

por alguien que tocaba de la misma manera a todas las que entraban con ella. Esa luz la unía a las otras revistiéndola con el mismo manto, y ahuyentaba del lugar a los estorbosos ángeles del pudor, quienes, al contrario de esa luz, son capaces de hacer sentir desprovista de velos a la mujer de ropa más amurallada. Vestida del color de los cristales, Fatma entraba discretamente en la conversación de las otras sólo con mirarlas bajo los mismos reflejos; y siguiéndolas a distancia entró en la segunda habitación. Ahí los cristales ya no velaban las miradas y la piel era devuelta a su propio color.

Los muros estaban cubiertos de mosaicos pintados con grecas y trazos voluptuosos que en todo se acomodaban a los pliegues más recónditos de los cuerpos, convirtiéndose en su eco infinito. Ya no ocultándolos sino descomponiendo su existencia y multiplicando sus secretos: confundiendo a los cuerpos con sus imágenes, otorgándoles una extensión más sutil que su propia sombra. Fatma dejó que su mirada se hundiera en los huecos dibujados en la pared, que ya eran sus propios huecos, humedeció la ondulación de sus cabellos en el agua de una fuente, y fue tomando sobre toda la piel empapada los reflejos que antes sólo brillaron en los mosaicos.

En esa habitación el agua era menos caliente. En las tres siguientes la temperatura aumentaba poco a poco, hasta llegar a la habitación central, donde una gran fuente en medio del cuarto hacía brotar agua hirviente. Fatma pasaba suavemente por cada una de esas temperaturas sabiendo que son la escalera que lleva a la puerta, que finalmente se abre sobre una región de semisueños similares a los que diariamente, durante largas horas, veía desde su ventana.

Al entrar a la sala central, no podía dejar de sentirse impresionada por esa inmensa fuente que parecía bajar del techo con su catarata hirviente extendiendo oleadas de vapor en todo el cuarto. Alrededor de la fuente había un círculo de leones de piedra, y era necesario subirse en ellos para llenar los baldes de agua. Por las fauces echaban un líquido parecido al mercurio que recorría en canales serpentinos toda la sala, reflejando con su lento paso los cuerpos desnudos. Por el ano, los leones dejaban escapar un espeso vapor perfumado y de colores.

Siempre había mujeres que jugaban entre los leones haciendo para las otras imágenes obscenas con las trompas y las colas de piedra, y quienes sentadas apacibles sobre los lomos se enjabonaban las piernas. Una vez que el agua hirviente estaba sobre su piel, de ellas emanaban vapores que, de lejos y contra la luz, parecían llamas blancas.

Fatma llegaba entrecerrando los ojos para sorprenderse con la cabalgata de mujeres llameantes sobre leones que les hundían el hocico entre las piernas. Ellas eran demonios de la humedad obscena y delicada, que ponían sus manos sobre la piedra de una manera tan suave y prolongada que daban a entender cómo, poco antes, las habían puesto sobre los muslos, nunca tan sólidos, de sus amantes.

Alrededor, algunas mujeres conversaban mojándose; otras se enjabonaban mutuamente, y muchas hacían de su voz caída de agua. Entraba viendo las sombras vaporosas que se movían al ritmo de la fuente, que se mostraban con la exuberancia de los azulejos, que se deslizaban de unas a otras con la seguridad que parecen tener en el mar las corrientes, con las que ella venía ahora a confundirse.

En ese círculo fluido de mujeres que parecían caminar sobre el vapor que ocultaba el suelo, Fatma olvidaba su cuerpo de todos los días para apreciar las nuevas cualidades que una desnudez condimentada le ofrecía. Se había movido de sí misma, como si hubiera resbalado y al levantarse hubiera quedado al lado de

su propio cuerpo. Y esa pequeña diferencia, que obviamente sólo ella percibía, era una franja angosta por la que iban corriendo nuevas alegrías. Y si ahora incluso sus propias manos eran diferentes y podían renovar su entusiasmo hasta obligarla a entornar los ojos, con más poderes aún esa misma mañana iban a hacerlo, un poco más tarde, las manos de Kadiya.

Si desde la entrada del *hammam* hasta la habitación de la fuente grande sólo había un camino posible, en el que se avanzaba adquiriendo el hábito de las sutiles diferencias, a partir de la sala del gran desbordamiento las puertas simultáneas se multiplicaban, y era posible el acceso a jardines y manantiales asoleados. Dicen que son en total veinticinco las habitaciones de ese *hammam*; que algunas son reservas de poderosos y otras son espacios de exclusión: de los enfermos de la piel, de los eunucos que aún sangran, de los obesos vergonzantes, de los incontenibles en la agresión, de los extranjeros, de los que se niegan a vender sus caricias, y de los que no soportan el agua y van al *hammam* sólo para encontrarse con más gente.

Cuatro jardines estaban cruzados a lo largo por espejos de agua y fuentes que cantaban su caída hasta en veinticinco tonos diferentes. Una de las habitaciones tenía un espejo de agua que era especialmente admirado, porque no estaba en el suelo sino en una pared, en la que arquitectos aprendices de magos habían logrado que una inmensa cortina de agua cayera del techo al piso tan lentamente, casi deteniéndose, que era posible ver el propio reflejo con más nitidez que sobre un estanque. En otra habitación habían sido pintadas sobre las paredes escenas que agitaban la imaginación deseosa de quien las viera; o de quien las tocara, porque habían sido hechas en relieve para

que se demoraran contra las paredes los que adoran simulacros de la lumbre en la carne.

En otra sala las pinturas no eran sólo llamarada, se pretendían iniciación al fuego. Ilustraban a los paseantes sobre las mil maneras de acariciar con los labios el glande, de contonear el clítoris con la lengua, de absorber y levantar y morder y acariciar sucesivamente o al mismo tiempo; de caer de la cama y levantarse sin tener que separarse; de sacudir las rigideces obsesivas y ahuyentar las blanduras prematuras; de volver a beber en los pozos secos y de resecar los que escurren hasta las rodillas.

Había salas dedicadas al masaje, en las que el más practicado no era especialmente excitante. Consistía en que un masajista fornido anudaba sus brazos y piernas con los de su víctima; espalda contra espalda y la cara del masajeado hacia el suelo. El masajista se iba poniendo en tensión como un arco, hasta que al otro le tronaran los huesos. Uno por uno, el masajista coleccionaba treinta y dos tronidos en cada paciente. Después de cada tronido, el corpulento hacía un ruido con la boca que se oía como hoja de papel rompiéndose o como beso seco, lanzaba al aire una frase que no se sabía bien si era oración o maldición, y modificaba levemente su postura para comenzar a buscar el próximo estallido. Durante las mañanas las masajistas eran apreciadas y buscadas no sólo por su hábil musculatura, sino por la absoluta redondez de sus cuerpos. Eran como grandes bolas de carne que rodando absorbían a los cuerpos delicados, y hacían que los huesos abandonaran las intimidaciones de la tensión acumulada. Ellas también buscaban que las articulaciones pronunciaran el sonido de una campana de cristal que cae y rueda sobre una alfombra.

Había salas dedicadas al teñido del cabello y de la palma de la mano, con una tierra rojiza o amarillenta que sólo se encuentra en los alrededores de la ciu-

dad de Fez, se llama *rássul* y se disuelve en agua de rosa o de flor de naranjo. También se teñían los ojos, con almendras amargas carbonizadas para ennegrecer las pestañas, y con el *kójol* para delinear el filo de los párpados. Fatma prefería usar el *kójol* del *hammam* que el de los comerciantes del puerto, porque el del *hammam* era preparado por las mujeres en sus casas siguiendo todas las precauciones que los comerciantes no tomaban en cuenta. Había que reunir corales, esencia de clavo, huesos de aceitunas negras, un grano de pimienta del Sudán y pequeñas piedras de *kójol*. Lo más importante es que todo sea molido por siete niñas impúberes, o por una mujer "cuya hora de líquidos hirvientes en el cuerpo ya haya pasado", como indica el *Libro de recetas y consejos de las mujeres de Mogador*. El molido se debe cernir en una tela generosa, y el polvo fino que resulta se disuelve en orines de gato, para mayor brillo de los ojos, y se unta con una paja delgadísima en los dos filos de los párpados.

En esa misma sala las mujeres berberes lucían completos sus tatuajes y las novias sus depilaciones, teniendo cuidado de que las especias vertidas en el agua, las yerbas de olor y la leche de cabra no alteraran las marcas adoloridas de su piel. La belleza alcanzada con su sufrimiento, aunque sea pequeño —pero siempre exhibido—, es en Mogador belleza más completa. La exhibición de la carne vulnerada, del dolor intenso asomando entre el maquillaje, florece entre las mujeres de Mogador con complicaciones infinitas. Fatma conocía bien ese florecimiento, y como no lucía los tatuajes profundos de las otras, parecía serle ajeno. Pero la aérea melancolía que se iba a apoderar de ella, poco a poco, después de esa mañana, se convertiría en una forma espontánea de exhibir un dolor, de engalanarse con su tristeza, como un insecto que por las tardes despliega sus alas imitando hojas de banano o flores de ciruelo.

Esa mañana aún era temprano para que Fatma luciera grandes alegrías o tristezas, y se dejaba delinear los párpados con *kójol* por una negra egipcia llamada Sofía. Ésta conocía todos los secretos para callar de golpe a la fecundidad, la esterilidad, la impotencia y otras calamidades. Mientras se ocupaba de los ojos de Fatma, Sofía daba consejos a una mujer de cuarenta años, de piel cansada, blanda de la cintura y del ánimo.

"Para que puedas retener a tu marido vas a hacer todo lo que yo te diga. Por la mañana muy temprano, mientras él todavía duerma y poco antes de que despierte, repite tres veces en su oído: que el cielo queme en tu cabeza este olvido, que el piso se mueva, te tire y te levante muy adentro de mí. Debes hacer eso ocho días sin que te escuche despierto, y debes darle como primer alimento de la mañana un trozo de dátil que haya pasado toda la noche dentro de ti. Pero él no debe sospechar nada. A la semana verás que su ardor crece. Para que no lo gaste con otras tienes que robar la sábana que una negra y un negro hayan mojado con su sudor mientras se amaban. La quemas al pie de tu cama. Mezclas la ceniza con agua de lluvia que nadie haya pisado y te untas cada día un poco en cada uno de tus orificios. Si no consigues la sábana humedecida por dos negros, puedes usar la de una prostituta. Pero en los dos casos la sábana tiene que ser robada para que sus cenizas sirvan. Los que la hayan humedecido en la noche no deben sospechar nada antes ni después. Si alguien más sabe cuándo y cómo haces todo, el poder del conjuro se dispersa."

Fatma estaba impresionada por la figura dócil de la mujer que escuchaba asintiendo impulsivamente con la cabeza, apretando siempre una mano, y tocándose con la otra la garganta. Se la imaginaba emprendiendo la difícil y larga tarea que Sofía le impuso, pero la veía detenerse angustiada en algunos de los obs-

táculos. En su figura había la imagen de una derrota, como si ella misma tuviera la certeza de que una imposibilidad habitaba su futuro.

También se la imaginaba salvando todos los obstáculos y decepcionada al no ver resultados. Preguntándose durante años en qué paso, en qué movimiento, en qué palabra del embrujo se habría equivocado.

A Fatma le asustaba la desesperación de esa mujer que, sin embargo, ella había visto en el mercado asediada por pretendientes a los que despreciaba. Todavía a esa hora, Fatma podía darse el lujo de pensar que es absurdo desear con tenacidad el amor de alguien que no se puede tener cerca, y rechazar fácilmente el amor que se tiene a la mano.

Cuando Sofía se dio cuenta de que Fatma se llenaba de tensiones viendo a la mujer desesperada, se apresuró a delinear sus ojos, sin saber para quién los preparaba, y la despidió dándole un beso en la frente.

Fatma temía entrar en algunas salas del *hammam* que de alguna manera también la fascinaban, y al pasar por ellas se quedaba en el umbral viendo indecisa. En la sala de las serpientes, treinta cobras perfectamente desdentadas y excesivamente aceitadas se escurrían entre cientos de pequeños cojines de cuero y entre los cuerpos desnudos de quienes, mañana y tarde, gustaran de sus privilegios. Había quienes tenían sus preferidas, y otros las tenían privadas: que sólo eran sacadas de sus canastos cuando sus dueños estaban presentes. Fatma soñó una vez que reía enredada en ellas, con la misma risa nerviosa y aguda con la que había visto a otras recurrir a esa sensación que nunca termina de pasar entre las piernas. Fatma nunca se atrevió a tocar a las serpientes, aunque algo muy fuerte la atraía hacia ellas. La horrorizaban esos ojos insistentes y esos nudos agresivos que las víboras aceptaban deshacer sólo cuando se les arrojaba humo de *hashish* a los oídos.

Pero aunque Fatma no entrara en esa sala, caricias más decididas que las de diez serpientes iban a dejar su huella infinita entre sus piernas. Y un nudo corredizo, que ella aún no sospechaba, estaba por cerrarse sobre su pecho cortándole el aliento, haciéndola lanzar desde su ventana largas miradas anhelantes; como los marinos que añoran ver de nuevo a Mogador transformada en un reflejo desnudo bajo el agua. Si el coro de dragones sobre la muralla pudiera sentir los sonidos mucho antes de recibirlos en sus cuerpos silbantes, ahora aullaría —como manada de lobos hacia la luna— para prevenir a Fatma. Kadiya estaba cerca.

VIII. Falso atardecer

Cada mes, al mediodía, una bruma púrpura muy tenue llenaba el aire de Mogador. Se veía desde las azoteas como un resplandor rojizo que extrañamente despedían los muros blancos. Todos lo llamaban "el falso atardecer" y no duraba más de quince minutos. Se desvanecía lentamente como había llegado, latiendo tras el pulso del mar sobre la arena. Cuando entraba en la ciudad se iba untando a todas las cosas, tocándolas casi sin tocarlas, respirando con ellas el mismo aire quieto. Por eso, cuando un amante ostentaba maneras demoradas pero certeras, se le elogiaba diciendo que era "un falso atardecer", "una nube morada" o "una oleada de sangre muy diluida en el viento".

Al entrar en las casas, la nube rojiza sorprendía a las mujeres cuando abrían una puerta, cuando sentían a sus espaldas una presencia y volteaban de golpe, cuando extendían la palma de la mano y sobre ella les caminaba ya la bruma, cuando sus propios labios les parecían más gruesos y el espejo los delataba más rojos, teñidos claramente de nube, casi mordidos por ella.

Aquella mañana, Fatma había pasado ya por el salón de los vapores y por la alberca de temperaturas diferentes. Entraba a uno de los más tranquilos jardines del *hammam* cuando sintió en los labios la humedad agresiva del "falso atardecer". Reconoció sobre la cara la sensación que de niña siempre le había di-

vertido. Pero ahora, vestida tan sólo por el vapor de las aguas termales, sentía también en los otros labios de su cuerpo esa presión tibia y nebulosa.

Quiso defenderse de aquel tacto desconocido fingiendo indiferencia. Pero entre más avanzaba dentro de esa nube de tiempo detenido, más expuesta estaba a la profunda caricia que su piel impúber parecía reclamar desde antes. La caricia que una especie de demonio, o ángel, del mediodía le estaba dando con la desenvoltura y el entusiasmo de quien acude por fin a una cita esperada tiempo atrás.

Fatma pretendía no escuchar la música que comenzaba a tocarse en su cuerpo. Sus cuerdas pedían ya desde hace algún tiempo manos que las templaran pero ella trataba de hacer que su oído fuera fiel tan sólo a las exigencias que le llegaban del exterior. A lo lejos, sobre cada minarete, se gritaban hacia la Meca cada vez que la nube morada hacía su aparición, las oraciones del mediodía seguidas por las frases del Corán que describen a Mahoma venciendo, a caballo y espada, a todos los demonios en forma de nube. Otra religión de Mogador hacía sonar la flor metálica de sus campanarios de una forma especial que llamaban *angelus* y que, supuestamente, tenía la virtud de disipar a los demonios que salen de la nada cuando el día, como una esfera invisible, se parte a la mitad. Según se ve en los libros antiguos de esta secta, al repicar las campanas un ángel de luz decapita a una legión de demonios cuya sangre se evapora y, diluida en el aire, tiñe a la ciudad flotando como nube sobre ella. Inmediatamente después, el mismo ángel la limpia arrojando sobre todas las cosas un sol de mediodía reflejado en la hoja de su espada.

Otra secta se pone a romper piedras cuando llega la bruma rojiza, con la certeza de que en una de esas rocas hay un dibujo que representa a la nube desvaneciéndose. Son piedras peculiares que guardan

en su interior paisajes o escenas atrevidas, alguna que otra batalla y muchas noches de estrella. En esa religión se tiene la seguridad de que las ideas de los seres humanos pueden ser apresadas por ciertas piedras y que los pensamientos más intensos de los hombres —los deseos— se plasman en el interior de las rocas sagradas. Algunos intérpretes de las escrituras ígneas aseguran que en el seno de las rocas se lee el pasado y el futuro de los hombres. Otros adoran un tipo de roca que crece —si es bien alimentada por las ideas afectuosas de los hombres— y dicen que la historia entera de la humanidad no es sino un capricho imaginado, paso a paso, por una de esas piedras vivas, la más antigua de ellas. Ciertas salas del *hammam* tienen muros de piedra recubiertos por escenas eróticas que no fueron pintadas por mano alguna. Se dice que, al principio, esos muros estaban vacíos pero al paso de los años han ido absorbiendo las formas obscenas que pasan por las mentes de quienes frecuentan el *hammam*. Pero hay quien piensa más bien que los muros mismos desean. Que su superficie es una especie de fresco de una mente en la que se dibujan los anhelos de un ser sobrenatural —tal vez un dios mineral— que vive en el *hammam* sobreexcitado por los cuerpos que en él se ofrecen a las aguas.

Todas las religiones de Mogador presienten en su "falso atardecer" una amenaza y despliegan plegarias y rituales que protegen a sus fieles. Estando en el *hammam*, las mujeres de Mogador quedan temporalmente fuera del círculo de obligaciones de cualquier religión, pero también fuera de su ritual protector. Por eso cantan juntas cuando las sorprende en ese baño público "el falso atardecer". Y luego cantan por separado a los ciclos de la luna, al destino hilado de noche por las mujeres, a las mareas más altas del mes, a la sangre que aflora en secreto cada treinta días, a los caprichos del cuerpo navegando al ritmo riguroso de

las estaciones, a la obediencia nocturna de la razón bajo el imperio obsceno de los celos, a la alegría confusa de un inesperado encuentro amoroso fuera del tiempo, a la imaginación voraz y siempre equívoca del deseo.

Fatma escuchaba ese canto sin pensar que en él también se hablaba de ella. Su nuevo destino de mujer se perfilaba apenas aunque su recién abandonado universo de niña ya comenzaba a ser lejano.

Fingiendo siempre indiferencia a los llamados de su piel, Fatma se deslizó sin ser oída hasta el umbral de una de las muchas terrazas que se abrían sobre ese jardín. En ella, dos mujeres aisladas del mundo por la intensidad de su abandono se miraban sin tocarse.

Una de ellas, sentada sobre la alfombra mullida cantó con dulzura la historia de un amor sarraceno, templado por la violencia de una conquista y por la sangre que vengaba un rapto. Su voz alternaba con los sonidos que sus dedos arrancaron a un objeto frágil y muy bello, cubierto de cuerdas. La otra mujer, tendida sobre cojines gruesos, desnuda también, escuchaba aquel canto con atención de enamorada y lo iba comentando suavemente, con dos o tres palabras aquí o allá, sin interrumpirlo, casi cantándolo también.

No pasó mucho tiempo sin que Fatma se diera cuenta de que las dos mujeres estaban enamoradas del mismo hombre que algunas veces las despreciaba y otras las tomaba sin muestras de pasión y con un desdén exhibido, hablando sin falla de otras amantes mejor servidas. Pero Fatma también se daba cuenta de que ese mismo amor no correspondido y mucho más grande que el blanco de sus afilados deseos, las unía en una dimensión superior, de una manera extraña, voluptuosa y cómplice. Que gozaban una de la otra en el fondo de una noche sin memoria, como si una misma serpiente invisible —pero con piel poblada de astros al morir el día— las atara formando un puente vivo entre los laberintos de su sexo y las alimentara con

imágenes de un destino común dibujado en el cielo. Fatma no podía dejar de oír la música discreta que emanaba de los movimientos de aquellas mujeres gobernadas por un mismo deseo. Las vio besarse y sintió de pronto un miedo enorme. Cerró los ojos y se imaginó abandonada en el salón de las serpientes aceitadas, con dos o tres que le subían por las piernas haciendo espirales muy lentas. Abrió los ojos y sólo vio la bruma rojiza mientras sentía que, de nuevo y más que nunca, esa humedad crepuscular le mordía los labios. Ya no sabía qué estaba dentro de ella y qué afuera.

IX. Nueve pasos

Una tela de araña tardaría nueve días
y nueve noches en caer del cielo a la tierra. Y le tomaría
el mismo tiempo llegar de la tierra al infierno.

HESIODO

Es bien sabido que quien logra descender
los nueve escalones fundamentales sin caerse
ha domado el silencio de sus nueve sentidos.
Ha roto las compuertas que separaban
al mundo de los nueve orificios
de su cuerpo. Se ha abierto al mundo.

IBN ARABI

Uno

Con los ojos muy abiertos, terriblemente tensos en su voluntad de no parpadear, Fatma camina entre los vapores del *hammam*. Una bruma púrpura sube por sus muslos. Al verla, siente que ese vapor teñido amenaza morderle de nuevo los labios entre las piernas. Ella teme bajar los párpados porque sabe que, en el primer instante de oscuridad, algo muy caliente, como esa es-

pecie de sol rojizo que ha creído tener dentro otras veces —aunque nunca con esa intensidad—, la obligará a verse cubierta de serpientes, como las mujeres que había visto hace poco en una de las salas prohibidas del *hammam*. Se imaginaba a sí misma caminando en una ceremonia secreta hacia su propio sacrificio, enredada en largos cuerpos que se mueven y se confunden con ella.

Sus dos manos son ya cabezas desdentadas que miran por los nudillos y muerden con las yemas. Su vagina es el nido de donde surgen empapados todos los sueños de las serpientes y, sobre la pendiente de sus nalgas, dibujan espirales cuando hunden suavemente su cuerpo al deslizarse. En su espalda húmeda, mil escamas reflejan su arcoiris y toda su piel es azotada por cientos de lenguas dobles, diminutas, indetenibles. Los pezones, como pequeñas rocas que crecen y ya no caben en sí mismas, le duelen.

Dos

Después de ese parpadeo, Fatma abrió los ojos convulsivamente. Se llevó las manos al pecho cubriéndolo con una leve caricia; en realidad, protegiéndolo de la imagen que, ahora aún con los ojos abiertos, llevaba viva en la mente: las mil lenguas diminutas que la hacían estremecerse y caminar sorteando pequeñas convulsiones secretas, percibiendo a cada paso los latidos de la sangre que se agolpaban en sus venas.

Cada movimiento de Fatma era como el primer impulso de una mano invisible levantada para tocar un cuerpo que desde siempre la aguarda en sueños. Cada paso era cruzar una selva o un desierto, con el espejismo en la frente.

Tres

Cubierta con ese vestido ritual que nadie podía ver, Fatma entraba y salía de las densas nubes que comprimían por dentro esa sala del *hammam*, cortándolas con el brillo acerado de su desnudez. Su aparición entre dos corrientes de vapor era la de un relámpago silencioso.

Como los cuerpos de las otras mujeres desnudas que se cruzaban con Fatma eran percibidos por ella con la misma fuerza sorpresiva, quien mirara entonces sus pupilas podría haber visto en ellas algo así como dos redondos dioses asombrados presenciando desde el cielo una intensa tormenta de relámpagos. Todo lo que ella miraba parecía tocarla por dentro iluminándola; incendiando sus venas y evaporando su sangre.

Cuatro

Y así avanzó sin saber bien hacia dónde, con una furia rizada en el vientre, guiándose por la atracción que ejercían sobre ella los brillos, los sonidos, los olores y, sobre todo, esa extraña luz que emanaba de los más profundos pliegues de algunas mujeres. Su mirada buscaba esa luz y reposaba en ella un instante hasta que, de nuevo, el vapor le ocultaba todo, como si los ojos se le cerraran bajo pesados párpados de nube. Había entrado en una especie de noche blanca y era ya uno de sus fantasmas: apenas un soplo brillante buscando dónde encarnar, imaginando un cuerpo en el cual tomar forma. Llegó de pronto la hora en que la bruma púrpura, el "falso atardecer" que se apoderaba de Mogador cada mes al mediodía, abandonaba la ciudad. A Fatma le hubiera gustado seguirla o, más bien, irse con ella, dejarse llevar por su inercia pausadamente posesiva. La bruma estaba ligada a un despertar de sus sentidos.

Cinco

Devuelta a la blancura de ciertos muros y de los lienzos de vapor enredados y detenidos en el aire, Fatma podía sentirse en aquel lugar como en el corazón de una piedra, viajando en sus vetas como en corredores

vivos, momentánea y engañosamente quietos, detenidos a la mitad de un respiro. Fatma estaba en el centro de una noche de piedra clara, una noche habitada por los sueños de la piedra misma: sus dibujos secretos, sus destinos trazados como en la palma de una mano. Sin saberlo, Fatma ya era presa de una geometría implacable: era un punto con destino, una línea del arabesco universal; era un dibujo de espuma en el mar del deseo, una marea callada obedeciendo a la luna.

Seis

El agua caía en las fuentes con fuerzas y ritmos intencionados: habían sido afinadas para obtener música del agua. Sus sonidos resonaban en las bóvedas, los rincones y los tragaluces, como si otros instrumentos los retomaran: no eran ecos sino voces nuevas. También la luz entraba en las salas domada, medida y retomada: se le trataba e interpretaba como el agua. Ahí incluso la luz era música. Agua y luz se entretejían con las voces pausadas de las mujeres, con el canto de algunas de ellas, con las líneas demoradas de sus cuerpos y el sudor de su piel. Entre dos enredadas cortinas de vapor, como un sonido imprevisto, Fatma percibió una espalda obscura que nunca había conocido y cuyas formas suaves absorbían cada vez más su mirada. Fatma vio la espalda y los hombros de Kadiya antes de

descubrir —o ser descubierta por— sus labios gruesos: antes de sentir, titubeante, el llamado inaplazable de su boca. Quiso bajar los ojos y no pudo. Quiso cerrarlos pero era demasiado tarde, ya la tenía grabada por dentro.

Siete

Dos miradas se cruzaron como los arcos de una bóveda diseñada tiempo atrás. Pero sus gestos se tejieron de otro modo: Fatma se alojó en una pasividad que pedía ser complacida, de la misma manera que un dibujo reposado en el fondo de una vasija pide ser descubierto y admirado al terminar de beber. Kadiya llegó hasta ella como una elaborada pero rápida caída de agua: una cascada en filigrana.

Ocho

Cuando volvieron a tener la sensación del tiempo, los dedos pálidos de Fatma y los muy obscuros de Kadiya habían hecho crecer entre las dos un tupido bosque de ramas negras y blancas, entretejidas como ilegible caligrafía. Se habían conocido en silencio y se amaron en la ausencia de palabras: hablaban la luz y la humedad de sus cuerpos. Decían lo que con muchas palabras se llega poco a decir. En otra de las terrazas, una mujer cantaba con voz muy aguda, adolorida, una muy antigua canción de Ibn Zaydun: "Cuando tus ojos vean lo que ya no se ve, y tus manos toquen lo que ya no se toca, tus ojos no serán ya tus ojos y tu cuerpo no será ya el tuyo, pobre posesiva poseída."

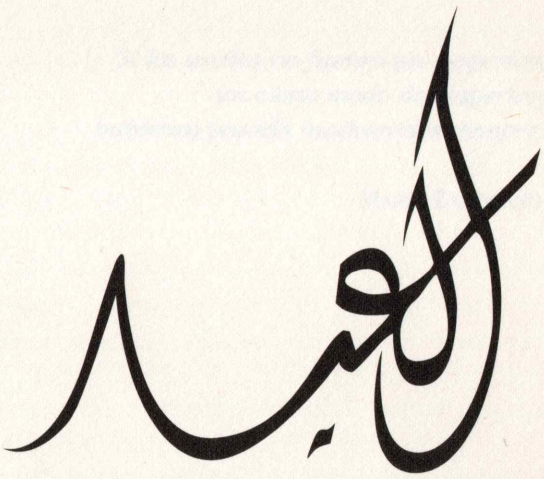
Nueve

Fatma quiso guardar el sabor de ese silencio en su memoria, y cerró los ojos como si así lograra comerse definitivamente la presencia de Kadiya, e hiciera de ella una tonada que sola vuelve y vuelve a la boca. Y pronto descubriría que hacía muy bien en querer conservar esos instantes porque aunque la memoria es frágil y escurridiza, lo es tal vez menos que la piel y los

sentimientos: al abrir los ojos, Fatma descubrió que Kadiya no estaba ya a su lado. Una y otra vez recorrió todo el *hammam* inútilmente. Una y otra vez regresó al rincón donde los cojines se habían impregnado del olor de Kadiya, hasta que el olor mismo se diluyó en sus recuerdos.

Dos

Los nombres



Donde el deseo todo habita
el aire es a la ventana
lo que a la red los peces

FÓRMULA GRABADA
SOBRE UNA VENTANA DE MOGADOR,
EN EL SIGLO XII.

Si los sueños no fueran un despertar,
un cierto modo de despertar,
hubieran pasado inadvertidos siempre.

MARÍA ZAMBRANO

I. La ventana: *Fatma*

Esa mañana Fatma regresó a su casa sin sospechar que no volvería a ser tocada siquiera por la mirada de Kadiya. Nunca la volvió a ver en el *hammam*, aunque rodeara durante horas la sala donde se encontraron y fuera asiduamente a oler el perfume impregnado en las telas sobre las cuales las dos violaron la superficie aparente del tiempo.

Cuando preguntaba por ella toda la gente insistía en no conocerla; algunos con indiferencia, otros, como ocultando una vergüenza que Fatma no alcanzaba a descifrar. Cuando recorría las calles buscándola sólo iba subrayando su ausencia. No pudo saber por qué Kadiya escapaba de ella.

Se sentía tan abandonada como se había sentido llena; tan injustamente rechazada como grande era su disponibilidad hacia Kadiya; tan misteriosamente sola como sorpresiva había sido su doble alegría. Esas sensaciones se entrelazaban en su interior como hilos de una tela muy espesa. A la vez, ella sentía que de esa tela profunda estaban hechas también todas las cosas que miraba desde su ventana. Las pocas horas que había pasado con Kadiya se alejaban en el tiempo pero no se hacían desvanecidas.

Sólo la alegría de aquellos momentos se había vuelto sutil hasta hacerse peligrosamente quebradiza. Su leve y recién adquirida melancolía estaba hecha de esos sobresaltos que no son precisamente la más ne-

Una noche, empujada por una lectura que siguió estando en ella aún después de cerrar el libro, se lanzó a escribir una carta interminable para Kadiya. Las frases se le encimaban como olas. Quería decirle todo y en ese momento estaba segura de que en la punta diminuta de la pluma todo cabía.

Hasta lo que nunca había pensado estaba siendo escrito con alboroto. Pero, de pronto, la ilusión de que Kadiya pudiera leer sus líneas se fue retirando como había llegado. Dejó de escribirle esas cartas pero no de pensarlas. Hubiera querido aventarlas al aire y que el azar las condujera a sus ojos, pegarlas en las paredes de las calles para que todos se enteraran de su urgencia y fueran a repetírsela a Kadiya. Le hubiera gustado verse buscada desde alguna ventana y escrita por una mano inquieta.

Tenía un espejo en su cuarto y si se miraba en él su reflejo le parecía poco, como si el espejo fuera defectuoso y no le diera la imagen de lo más importante de ella, que era la imagen de otra. Repetía sus paseos por todas las calles desafiando la regla de los encuentros casuales. Entre más avanzaba el día y ella era más consciente del tejido que la rodeaba, más insoportable era seguir mirando. Pero en los momentos que rodeaban al sueño, cuando ella ya no esperaba y sus ojos perdían su tensión, de la silla vacía que tenía enfrente, una mano se estiraba hacia ella y le arrebataba la cama.

En un torbellino de los que no se ven, frente a sus ojos todos los mantos del aire se iban desgarrando uno tras otro, y de ellos salía la mano de Kadiya levantada para tomarla.

De todos los movimientos a los que podía recurrir el semisueño de Fatma recordando la voluptuosidad de Kadiya, ese gesto, el de la mano del deseo que se levanta hacia ella, era el único que venía solo e insistente, deslizado en la penumbra de las urgencias de

la piel y arrojado en Fatma por la ranura de sus ojos semicerrados.

En el momento que Fatma recuerda, estaban las dos tendidas sobre los cojines del *hammam*, Kadiya interrumpió las caricias y se levantó mirando hacia Fatma con una de esas fijezas que casi se meten en la boca; estiró el brazo izquierdo como un llamado imperante: un "ven hasta mí" absoluto que la tomó del hombro abrazándola de nuevo, pero extendiendo esta vez el fondo de las caricias con una furia posesiva que, sin embargo, no ahogaba las minucias de la ternura.

La misma mano la buscaba en la calle, o sentada en el muelle frente al sol, o esperando en el mercado que otros pagaran sus frutas. La mano sostenía el hilo que movía sus piernas y que trenzaba sus recorridos. Era una mano que miraba, que se extendía para tocarla por atrás al sentarse y por delante al caminar; por adentro en la ventana. Algunas veces se dejó llevar por los engaños de la mano hasta otros cuerpos.

Un adolescente de su edad, bajo los árboles, la penetró presuroso, la acarició con torpeza y sin escucharla. Una mujer parecida a Kadiya la besó sin matices exigiéndole en los dedos y las caderas los gestos de un hombre.

Con frecuencia dejaba que sus deseos confundieran así las caras de sus verdaderos habitantes y por ello más de una vez tuvo que huir a mitad de un beso o ya desnuda, sin entender sus repentinas repugnancias.

Entonces se encerraba en su casa, frente a las murallas de la ciudad que detenían la insistencia de las olas. Por la noche, aquellos golpes repetidos llegaban hasta sus oídos y, estando en su cama, ése era el ruido que abría la puerta de sus sueños.

Fatma entraba en la noche como quien comienza una labor oculta a la señal convenida. Se diría que dormía casi por obligación. Se comportaba como si en

el sueño realizara la jornada de un trabajo monótono que la aburría. Se podría pensar que en el sueño ella llevaba a cabo todas las actividades de las que su melancolía la alejaba durante el día. Iba a la cama llena de energías y se levantaba cansada, con sudor en la frente y con un gesto de desposeída. Parecía que en algún rincón de sus sueños Fatma elaboraba objetos misteriosos que le eran arrebatados al despertar. Y eso era despertar para ella: encontrarse sorprendida con las manos vacías.

Llegando a las primeras orillas de la mañana la esperaba su abuela, quien siempre despertaba antes que ella para tenderle las palabras y las sonrisas propicias para ir descendiendo a las necesidades del día. Ambas vivían en la casa que había sido de los padres de Fatma hasta el día en el que ellos decidieron tomar un barco hacia el continente para resolver allá asuntos pendientes. Nunca llegaron al puerto previsto, aunque habían salido de Mogador con prisa, como si llegaran tarde a una cita. Nada más se supo de ese barco. Muchos lo suponían navegando aún en regiones intermedias, en un tipo de mares que la geografía aún no conoce, guiado por estrellas que hasta los astrólogos callan u olvidan.

Quienes veían a Fatma en su ventana y conocían la historia de su familia, se imaginaban que eran sus padres quienes la mantenían buscándolos en el aire, y que algún día ella también se iba a embarcar para navegar con ellos fuera del tiempo.

Ante esa posibilidad, muchos en Mogador se negaban a subir con Fatma en el mismo barco. Algunos hasta temían acercarse a ella cuando caminaba muy cerca del mar. Hubo viudas febriles que al mirar a Fatma en sus fijaciones del horizonte, volteaban a ver con

esfuerzo los puntos lejanos de su mirada y afirmaban haber visto a sus padres llamándola; también aseguraban haber visto un velamen inflado por el aliento de los aparecidos.

Pero Fatma ni siquiera conoció a sus padres. Tenía seis meses de edad cuando ellos se fueron y si sabe de ellos y los recuerda es a través de las historias de su abuela, quien siempre al despertarla le contaba las conversaciones sostenidas con ellos en el sueño. La abuela, rellenaba sus ausencias abandonándose completamente a sus sedimentos nocturnos, lo que le permitía luego andar por el día menos enlutada o con un negro más ligero, que no aplastaba sus ánimos. La abuela podía otorgarse al despertar las sonrisas que Fatma sólo de noche y dormida se permitía.

Aisha se entregaba detenidamente a la conversación con los muertos. Cada noche alguien la visitaba luciendo el rostro impecable de la juventud que otorga la nostalgia. Ella había poblado durante la noche el vacío de sus días con fantasmas felices, atrapados en momentos de una alegría tan bien establecida que, al llegar la mañana, su nueva y momentánea ausencia no dejaba desgarraduras.

Algunas veces su distracción y la memoria huidiza la hacían tener conversaciones con gente alejada que no había muerto. En esos momentos Fatma no la sacaba de su confusión y más bien se alegraba de ver cómo su abuela poblaba a su antojo su panteón de sonrisas. En el fondo ella también quería creer en esas visitas y pensar que alguna vez podría venir Kadiya a morderle en la noche el oído.

Había momentos en los que Fatma llegaba a sentir despoblada su melancolía porque el rostro de Kadiya no venía tan fácilmente en cada ola. Veía a las nubes insinuarle una sonrisa que algunas veces era la de Kadiya. Fijaba su vista en una nada, en el pequeño espacio vacío que luego las olas ocultaban al romper-

se. Miraba eternamente los huecos del mar que flotaban en el aire hasta su ventana. Miraba.

Alrededor de su ventana, Fatma iría tejiendo con impaciencia los manteles del deseo sobre los que su vida estaba siendo servida, comida y derramada.

II. Los peces: *Amjrus*

Desde la ventana de Fatma se veía esa parte del muelle donde los barcos son sacados completamente para reparar sus cascos. En medio de barcos averiados y en un círculo de astillas, se llevaba a cabo todos los días la subasta de pescado.

Dueños de naves y comerciantes asistían para negociar en grandes cantidades lo que luego se vendería por docena en el mercado chico. A la sombra de un casco recién pintado, un hombre obeso gritaba las proposiciones de los pescadores: un tipo de pescado, peso y precio de partida.

La algarabía del gordo y sus compradores duraba cada vez unos instantes. Parecía un pleito de tartamudos en el que muchos hablaban al mismo tiempo. Amjrus se llamaba el gritón, y era tan gordo que al sentarse sobre un banco la gente tenía la impresión de que el banco desaparecía; tan envolventes eran sus grasas. Después de cada venta el gordo sudaba y limpiaba su frente con un pañuelo rojo que se anudaba al inmenso cuello.

Entre los dedos de la mano izquierda tenía trozos de papel que los pescadores le entregaban con las cualidades del pescado escritas vistosamente. Metía cada uno entre dos dedos y su puño inflado parecía tener aspas con las que él se ventilaba. Al terminar sus gritos tiraba los papeles humedecidos al suelo; algunos tenían la tinta deslavada.

Para la subasta hacía que los pescadores colocaran en una caja vistosa una muestra de sus peces y ya antes había vigilado que no estuvieran incluidos los más grandes y engañosos. Por capricho, alineaba a los pescadores prohibiéndoles poner en sus muestras peces de los colores que le disgustaban. Detestaba el verde cuando se acerca al amarillo.

A Fatma le gustaba ver desde lejos el desfile de peces subastados: eran las formas y los colores de un nuevo deslizamiento en sus sentimientos. Pero la sacaban de esa flotación las ancladas miradas de los hombres en la subasta y, sobre todo la de Amjrus, que parecía cambiar su obesidad en erección cuando la tenía a la vista. A partir de ese momento Fatma ya sólo de reojo podía dejarse impregnar por el resplandor colorido de los peces en sus cajas y quitaba con desgano la mirada para no verse en las manos de los que se burlaban de ella o la querían tocar cuando pasaba cerca.

Amjrus la observaba desde hacía mucho tiempo y se dio cuenta cómo ella fue llenándose con las larvas de la melancolía. Pero él había notado, más que sus intermitentes tristezas, la manera tensa en que su cuerpo se había poblado de necesidades. Se equivocaba creyendo que las voces de la carne son también para quien de lado las escuche.

Veía vibrar el cuerpo de ella a cada paso y se lanzaba a imaginársela ondulando por él sobre sus grasas. Sabía de la repugnancia que entre las mujeres producía su abultada consistencia, y cada vez que se apretaba la cintura parecía poner a flote un viejo rencor por todas aquellas que le habían restado existencia a sus deseos.

La indiferencia de Fatma lo enrojecía por dentro, lo irritaba al caminar y le encendía lo más áspero de la piel. Quería creer que cuando Fatma miraba a los peces en realidad lo miraba a él, en un esfuerzo por violentar la coincidencia de sus miradas, hundía también sus ojos en la caja de colores esmaltados por el agua que escurría de las escamas.

Al caminar entre los barcos de los pescadores para vigilar la selección de las muestras, Amjrus percibió a Fatma en su ventana y trató de adecuar todos sus movimientos a lo que él creyó que podría ser más agradable a su mirada. Caminaba haciendo gestos de anchura, saltaba en las escalinatas con una agilidad fingida y discutía con todos bajo ademanes de poderío.

Ya en las bodegas de los barcos dejaba de actuar como el más visto pero seguía invadido por no menos forzadas preocupaciones. Llegaba a presentir que al descender a una bodega se encontraría de pronto con Fatma desnuda, tirada sobre los peces. Su imaginación era burda como sus brazos.

Hasta los pescadores que lo acompañaban en la inspección pudieron adivinar la forma de sus abotagadas obsesiones, porque Amjrus se avalanchó sobre un par de peces bola que puestos uno al lado del otro lo hacían pensar, según dijo, en nalgas de niña apenas más grandes que sus manos. Los guardó alterado en un saco sin decir más y continuó su inspección.

En la subasta siempre surgían asperezas y Amjrus era supuestamente el encargado de hacer las transacciones fluidas, pero él mismo dejaba caer su peso sobre quienes no le daban dinero de más por haber asegurado algún trato.

Últimamente tenía desacuerdos constantes con aquel pescador que trató de agredir a Fatma un día y que no perdonaba a Amjrus por haberse burlado de él cuando la niña lo amenazó con su sandalia. Terminada la subasta, él y Amjrus fueron a llenarse de cerveza para poner a flote sus resentimientos.

Amjrus trató de explicarle que había reído para ganarse la simpatía de la paseante y no para subrayar la humillación del pescador. Él no quedaba muy con-

vencido y se sentía obligado a vengarse del gordo; y de ella. Sólo retiró sus amenazas una vez que pudo insultar y abofetear a un tipo que pasaba por ese bar, saltarín y sonriente, amigo de todos y de ninguno. Amjrus y su resentido terminaron cantando, caminando del brazo y hablando de mujeres como hablaban de los peces en el mercado. Fatma vino a sus lenguas llena de adjetivos y exclamaciones anhelantes, insultos y amenazas.

Terminando uno de los vasos de cerveza, el gordo Amjrus se apartó de golpe para ir al baño y ahí sacó de una bolsa los dos pescados bola que había encontrado en la bodega del barco. Los presionó uno contra otro con sus dos manos extendidas y entre ellos metió el seboso objeto de sus masturbaciones cortas y violentas. Adolorido por el roce de las escamas, incapaz de ser paciente con las prolongaciones de su cuerpo, frustrado apretaba los dientes como si así pudiera trasmitir la rigidez de su boca hacia la blandura indiferente que le colgaba entre las piernas. Dejó tirados los peces en el baño, como si aventándolos se deshiciera de la irritación de su cuerpo. Regresó con su acompañante a una mesa repleta de vasos vacíos y tiró algunos cuando quiso poner sobre ella unas monedas que le permitieran ya irse. Y así, entre tumbos, fue saliendo decidido a remontar la calle que llevaba hasta la casa de Fatma.

Al llegar bajo su ventana se dio cuenta de que Fatma no aparecía en ella. Estaba decidido a agredirla, a gritarle en la cara todas las obscenidades que pudiera, a desvestirse para asustarla con sus grasas colgantes. Ya comenzaba a desesperarse de mirar hacia arriba cuando se dio cuenta de que Fatma venía sola por la calle rumbo a su casa.

Pensó inmediatamente en violarla. Esperó a que estuviera más cerca de él. Ya iba pasando casi a su lado. Ya se alejaba al abrir la puerta de su casa. Con el

ruido del portón retumbándole en los oídos, el obeso se atragantaba la saliva y se mordía la lengua por haberse entretenido masticando sus dudas. En una lucha feroz contra la ebriedad de sus pasos, se fue hacia la parte oculta del muelle, del otro lado del embarcadero, donde llegaba todos los sábados como ese día el barco de los faroles rojos con su mercado de mujeres. Amjrus lo frecuentaba con hastío, empujado cada vez a comprobar su desgano. Era conocido en el lugar pero no muy querido. No soportaba las bromas sobre la caída de su barriga, gastaba poco en licores y justo dejaba lo convenido por pasar la noche, ni un centavo más. Sólo era generoso en los regaños y el desprecio, como el que hacía sentir ahora mismo a la mujer que lo soportó esta vez y que lo veía despertarse malhumorado, girando difícilmente en la cama para salir del barco antes de que la noche se fuera llevándose sus anonimatos.

Amjrus vio a la mujer ya despierta, observándolo silenciosa. Pensó que ella estaba como en el fondo de una escalera, que tal vez ni merecía su dinero. Que si no fuera porque el dueño del barco era su amigo y ella una de las preferidas del dueño, él se iría sin pagarle. Total, durmió todo el tiempo. Mientras sacaba el dinero de su bolsillo volvió a pensar un momento en Fatma y la comparó con ésta que sí aceptó su compañía. Tenía resentimiento hacia la de la ventana y la del barco le causaba desprecio. Pero a una la ponía en las nubes y a la otra en el lodo que pisaba.

Contó los billetes aumentando en cada uno el agresivo desprecio por la que lo miraba. Se sentía aliviado y superior a ella porque aspiraba a extender su cuerpo sobre otra mujer, la que no conoce este lado del muelle.

Creía el obeso que al desear a Fatma podía impregnarse de las cualidades que veía en ella. Hasta en eso caía de bulto su pensamiento.

Nunca hubiera imaginado que Fatma deseaba a una mujer a la que situaba más cerca de sus ojos que a cualquiera capaz de detenerla en la calle. Amjrus terminó de contar el dinero y casi por inercia le dijo: ¿cómo te llamas? La morena se llamaba Kadiya. Le puso el dinero en la mano y salió del barco lamentándose de que a esas horas el *hammam* todavía no estuviera abierto para los hombres. Tendría que esperar hasta después del mediodía. Eructaba al bajar la escalinata rascándose la barriga.

III. La red: *Mohamed*

Algunas horas después de que Amjrus salió de los círculos rojos extendidos por los faroles flotantes, también abandonó el barco Mohamed. Ya había amanecido y los redondos manteles rojos lanzados por las luces se encogían hasta ocultarse dentro de las cajitas de vidrio iluminado. Los faroles tintineaban al bajar Mohamed por la escalinata del muelle.

El Mohamed que por aquí camina no es el Mohamed que vende telas, ni el que hace las ollas de barro, ni el que cuida las cabras, ni el de la tienda de vinos, ni el esposo de su tía, ni cualquier otro de los tantos Mohamed que uno puede encontrar en Mogador. Éste es uno de los Mohamed pescadores, y no aquél que trató de molestar a Fatma en la calle y luego se enojó con Amjrus. Éste nunca se hubiera atrevido a lanzar hacia ella un puente en la calle. Cuando quiso conocerla, después de haberla visto en la ventana, se lo dijo a su madre, quien gracias a la vecina que conocía a la vecina de la abuela de Fatma, se la puso a la vista en una sala familiar de invitaciones obligadas, detrás de alguna mesa con pasteles de coco sobre los cuales, ahora sí, Mohamed le lanzaba sus anchos puentes.

Al bajar Mohamed la escalinata, mientras provocaba el ruido de los faroles, iba pensando que ya le llegaba la hora de poner su propia casa y de buscar esposa. Era muy incómodo llegar del burdel a la casa de

su madre y recibir las malas caras y los regaños de la que siempre sabía dónde había estado. Pensó además que viniendo del barco rojo o de una madrugada de pesca, seguramente sería más agradable entrar en un lugar apaciguado por el sueño de una esposa que lo esperara sin condiciones ni arrebatos. Viendo la suavidad de las maneras de Fatma, pensó en ella cada vez con más fijeza para colocarla en el centro de sus proyectos hogareños.

Quería ir al *hammam* pero todavía faltaban casi cuatro horas para que lo abrieran a los hombres. Mientras llegaba la hora de poder entrar a los baños, se acercó a la cocina de su madre para que le diera el desayuno después de sermonearlo. Pensaba dedicar después un par de horas a la reparación de sus útiles de pesca. Su madre le preguntó si había visto de nuevo a Fatma. Él no quería reconocer que la de la ventana le huía, prefirió pensar que sus evasivas tenían como alimento el pudor de Fatma y no su disgusto. Le habló a su madre del eterno silencio de Fatma insinuando que, si al ponérsele enfrente ella se turbaba, esa callada alteración era síntoma tímido de un gran interés por él.

La madre le dio la razón queriendo estar segura del valor inestimable que podrían tener para una mujer joven las proposiciones de su hijo, que tanto se le parecía y que haría seguramente un hogar como fue el de ella antes de enviudar. Lo que la atemorizaba en la predilección de su hijo hacia la mujer de la ventana era la maldición que pesaba sobre ella desde la desaparición de sus padres.

Temía que junto con su hijo se embarcara alguna vez hacia la región aquella de donde no se sabe el camino de regreso. Allá donde se supone que están los padres de Fatma esperándola y llamándola. Mohamed la tranquilizó diciéndole que eso del llamado es seguramente mentira, que la melancolía de Fatma se debe a que está enamorada en secreto de él. Sin embargo, le prometió que nunca subiría con ella en barco, simplemente por precaución.

Salió de la casa de su madre convencido de que lo mejor sería apresurar los preparativos de su boda. Estaba seguro de que si acertaba sus pasos Fatma aceptaría muy pronto compartir con él los climas del año. Comenzó a hacer reparaciones pequeñas en su barco con la certeza de pronto ser anhelado por Fatma. Interpretaba los gestos de ella en función de las dos o tres frases que cruzaron una tarde. Él le dijo lo que quería, a su manera: "cómo me gustaría ver todas las noches tus zapatos acomodados abajo de mi cama". Ella se sintió más agredida que cuando el otro pescador trató de tocarla en la calle.

Éste quería anclarla alrededor de él, más que manosearla, envolverla para siempre. Pero ella no respondió con violencia. Sonrojada le dijo que ella siempre guardaría los suyos en su propio armario, y se fue corriendo. Mohamed quiso ver en esa respuesta un sí muy tímido y modulado.

Sentado en el muelle se puso a reparar tranquilamente las redes descosidas, mientras dejaba que le vinieran a la cabeza, con el ritmo de la aguja, las imágenes de Fatma en la ventana. Cada vez con más insistencia Mohamed creía que aquella mirada melancólica lo buscaba, y a nadie más que a él. Su imaginación pescadora lo hacía zarpar hacia su propio futuro remolcando en sus redes con extraña seguridad a todos los otros. Algunas veces, mirando el atardecer, él mismo se convencía de que el sol esperaba su atención para descender.

Ahora cosía las redes rotas dejándose llevar por la contabilidad de su deseo. Veía a Fatma como su esposa, esperándolo al lado de su madre entre las mujeres vestidas de negro que llenan el muelle cuando es la hora en que los pescadores regresan. Veía niños de

la mano de Fatma. Se veía a sí mismo descendiendo de un barco más grande que el que ahora tenía.

Mientras pintaba y repintaba de anaranjado las paredes viejas del barco que antes había sido de su padre, se le mezclaban en los ojos, entre cada capa de pintura, los colores y las formas que tendría su nueva embarcación. Hacía las cuentas de lo mucho que subirían sus ganancias con un barco más grande y estaba seguro de que, de la misma manera, él subiría en el aprecio de los otros pescadores y de sus vecinos. Hasta en el burdel lo tratarían mejor; y su mujer, con el rostro de Fatma, sería vista en Mogador con respeto; sería la esposa de Mohamed, el del barco grande color naranja.

No muy lejos de ahí, entre las rocas que están cerca del muelle, Fatma dejaba flotar su imaginación sobre el mar. Miraba con la tranquilidad de todos los días, sentada en ese lugar que frecuentaba tanto como su ventana. Tenía los pies en el agua cuando vio venir hacia ella un pedazo de madera en el que la pintura fresca se abandonaba como gotas de aceite sobre un estanque. Cuando relacionó el color naranja que se le acercaba flotando con Mohamed, que en otra parte del muelle pintaba de ese color su barco, sacó de un solo tirón las piernas del agua como encogida por una repugnancia aguda. Era como si tuviera el sabor amargo de la pintura en su boca, como si los pensamientos de Mohamed se le acercaran por sorpresa. Corrió hasta su casa atravesando obligatoriamente el muelle donde Amjrus la vio pasar y luego también la vio Mohamed. Fatma percibió al gordo y expandió su más obesa indiferencia, pero cuando vio al pescador el asco la hacía sentirse aguja clavada en estiércol fresco. Teniendo en la mente las exigencias de los dos, la de Mohamed le parecía de una obscenidad insoportable. Tal vez porque en ella estaba muy probablemente su futuro.

Cuando Amjrus la vio pasar indiferente pensó en regresar al burdel esa noche, y que por lo pronto ya era hora de ir al *hammam*. Pero cuando Mohamed la vio corriendo pensó que no tardaría mucho en conseguir que fuera su esposa, y entonces correría hacia él, tal vez para llevarle sus alimentos. Estaba seguro de que extendiéndole a Fatma los tapetes del matrimonio la sacaba de una situación en la que ella se sentía incómoda. Prefería creer, como otros antes, que al incluir a una mujer en sus propios proyectos la estaba salvando de algún peligro extremo y que, por lo tanto, ella le debía para siempre la vida: todos los rincones de su vida. Así Mohamed podía estar convencido de que Fatma tenía con él una deuda mayor, una de esas que nunca se liquidan.

Con prisa cosía las redes para correr hacia el *hammam*. Ya era la hora en que lo abrían y al ver que Amjrus se dirigía al centro de la ciudad con una toalla en las manos, trató de alcanzarlo para caminar con él hasta los baños. Si llegaba a comprar otro barco le convenía estar en buenos tratos con el funcionario de la subasta, y conociendo el brillo de los ojos de Amjrus ante el dinero calculó que no sería difícil comprar sus favores. Como no consiguió guardar rápidamente las latas de pintura y doblar las redes, decidió encontrarse con él ya dentro del baño, tal vez junto a la gran fuente de agua caliente o en los jardines. Pero fue en un pasillo donde primero vio venir la ancha figura y se apresuró para cruzarse en su paso. Amjrus conocía las ambiciones del pescador y sabía que tarde o temprano le ofrecería algún trato, así que antes de dos minutos ya estaban hablando del futuro en números.

Amjrus iba dejando que Mohamed mostrara las dimensiones de sus proyectos y entre más hablaba el pescador más bajo precio le fijaba el comerciante. Cuando más interesantes o audaces pintaba Mohamed sus cálculos, más llenos de aire y saliva le parecían al

experto en precios. Casi se le escapaba una carcajada al pensar que por un momento tomó en serio los planes del pescador y buscó obtener dinero de ellos.

Amjrus comenzaba a desinteresarse en la conversación del pescador novato hasta que, de golpe, se le hizo clara la manera de cobrarle por iniciarlo a la parte oculta de las transacciones en el mercado de peces. Le costaría cien veces lo que vale la experiencia de perder sus ilusiones.

El gordo esperó en silencio que el pescador agotara los atractivos de su oferta hasta hacerlo sentir que con nada lo tentaba. Así, hizo más grande la disponibilidad de Mohamed, quien ya estaba queriendo ganarse de cualquier manera la protección del obeso. Ya estaba dando más de lo que había pensado. Viendo que las posibles ganancias del pescador eran más delgadas que su vientre joven y musculoso, el gordo Amjrus desvió su interés del dinero a las carnes duras de Mohamed. Sintió que las caderas anchas del pescador algo tenían que ver con las de Fatma, y se lo fue llevando hacia los cuartos de alfombras mullidas al fondo del *hammam*.

Toda la conversación sucedía en un pasillo atravesado por los vapores que se extendían desde las diferentes habitaciones y que filtraban la luz haciéndola llegar más en oleadas que en rayos. Amjrus iba afinando su vista sobre las gotas que picoteaban la espalda de Mohamed, y no pudo contenerse cuando quiso pasar su ancho brazo sobre los hombros humedecidos. Lo abrazó simulando paternalismo, pero ya iba dejándole entender que además del dinero tendría que pagarle con la disponibilidad de su cuerpo. Muy pronto Mohamed perdería su barco y todo su equipo de pesca.

Caminaron juntos alejándose de un muro blanco donde un arabesco hecho de azulejos hablaba del destino geométrico de los hombres y de las fórmulas

algebraicas secretas que bajo la mano de Alá rigen los encuentros y desencuentros de quienes estamos debajo de la luna.

Amjrus y Mohamed seguían alejándose con paso aparentemente amigable. Mientras el pescador le hablaba de asuntos que para él eran muy serios, Amjrus dibujaba en su rostro una callada sonrisa que se extendía en el aire, que se hacía afilada hasta convertirse, para él, en el hilo largo y lejano del horizonte.

IV. El aire: *Kadiya*

La que cruza el horizonte con el viento sobre la nave de los faroles rojos, Kadiya, sólo ha dejado como historia la huella de sus repetidas ausencias. Pasaba de puerto en puerto con la constancia que tienen los días de venir uno tras otro. Casi nadie en Mogador la conoció más allá de alguna transacción nocturna, y los pocos a quienes pudo hablar de su pasado lo olvidaban fácilmente en los pasillos que llevan del placer al sueño. De Kadiya se sabe lo que han podido repetir quienes algunas veces la han tenido cerca, pero tan cerca que son los más alejados de ella.

De muchas bocas se forma una leyenda, y cada quien la completa a la medida de su lengua y la conserva o la olvida a la medida de su apetito. Se necesitó un insaciable, un adolescente enamorado de Kadiya, para que su historia por primera vez saliera entera del barco desafiando la vigilancia de los faroles rojos que todo lo tiñen, y fuera a recorrer en la ciudad las bocas que todo lo averiguan.

En el silencio de la noche que se abandona permitiendo que la luz diluya su espesura, cruzaban el aire como dardos diminutos las palabras veloces moldeadas en los labios de Kadiya. Cada sonido brillaba sobre la humedad de su boca absorbiendo la mirada de su acompañante nocturno, quien al amanecer ya estaba en los peldaños más altos de la hipnosis, de los que no fácilmente se baja. Aunque el sueño y el can-

sancio le atraparon los oídos con una espesa bola de nada, la voz de Kadiya iba enhebrando ese silencio de la noche que al retirarse lo envolvía con un largo hilo de seda. Le ataba las inercias y lo enfilaba sin distracciones en esa fascinación por Kadiya que era como una cápsula invisible donde sus palabras resonaban más claramente que en cualquier otra parte. Casi se escribían en el aire, casi le cabían en la palma de la mano y le saltaban en la boca.

Ella se daba cuenta de que su nuevo suspirante se había cristalizado en uno de esos prismas que multiplican los reflejos otorgándole a un sí o a un no más dimensiones de las que pueden tener. Él estaba sumergido en la brillante caja de vidrio abierta por la mujer que en ese momento lo iniciaba en las inmersiones del sexo. Ignoraba que su iniciación, como cualquier otra, le otorgaba una nueva inocencia, no se la quitaba. Era el inocente enamorado de la primera sonrisa que alegró su cuerpo. Ella hablaba sabiendo que la escuchaba un oído más disponible que otros, pero sin dejarse hilar por la ilusión de que no fuera fugaz esa alegría.

Podía sentirse complacida por la ternura abierta en los ojos del que la acariciaba detenidamente, pero no estaba envuelta en hilo de seda ni la voz de su acompañante se le tejía por dentro. Kadiya le contaba su historia sin simulaciones, presintiendo que en poco tiempo él ya no daría el mismo valor a sus palabras: la nueva sed que a él se le había abierto lo haría lanzarse hacia manantiales en los que sus primeras gotas se confundirían.

Ella y él tenían la misma edad, dieciséis años, pero mientras Kadiya ya conocía a dónde llevan las diversas corrientes del viento, él apenas comenzaba a darse cuenta de que su cuerpo estaba moviéndose en el aire. Poco después, cuando la historia de Kadiya comenzó a circular por los portales de Mogador y a ser

contada en la plaza por los viejos que todo lo sabían y que diariamente cobraban al que pasara por decirle las cosas con pantomima, era la versión de un enamorado resentido simulando perder un interés que en la realidad se multiplicaba.

El joven iniciado a los placeres y padecimientos de la pasión había guardado en secreto los primeros impulsos de su fascinación tormentosa, pero ahora creía que liberando el secreto se liberaba también del ardor de esos impulsos. Así, sintiendo que una distancia ajena a sus deseos se le imponía, le daba a la indiscreción el poder engañoso de violentar las distancias.

Kadiya, por su parte, le había revelado los colores de su pasado, no tanto por falta de precaución sino porque comenzaba a despreocuparse de que sus propios secretos se supieran fuera de la nave de los faroles rojos. Hacía ya cuatro años que había sido vendida al dueño del barco y comenzaban a cicatrizar en su memoria los hechos hirientes que finalmente la pusieron ahí. Cuando vio que, en la primera orilla de la mañana, el perfil a su lado comenzó a diferenciarse de la oscuridad de su cuarto, dejó que la invadiera una confusión agradable: el ligero entusiasmo de sentir fresca en ella la alegría que le dieron otros amaneceres.

La alteraba desde hace tiempo la manera en que las cosas se despegaban unas de las otras mientras va llegando la luz intensa con su propagación de pequeñas diferencias. Un amanecer en especial sostenía el recuerdo de los otros: la primera mañana que ella, al lado de su padre, vio llover en el oasis de Zagora, un poco más de cuatro años antes.

Su padre era quien guiaba a la tribu de nómadas Tassali en sus travesías del desierto. Él los había llevado esa vez, más allá de sus recorridos habituales, empujado por la inmensa sequía que agotó la vida en los oasis que cruzaban cada año. Zagora estaba muy al norte de sus rutas, donde el desierto ya pronto deja de

serlo. Pero en esos días, una lluvia de tres horas había sorprendido a todos en Zagora porque ahí no llovía desde hacía quince años.

Cinco o seis grupos de nómadas se precipitaron hacia esa zona donde la arena se había cubierto de una vegetación de hojas altas y delgadas, ofrecidas al viento con indecisión, movidas de la misma manera incierta con la que todos en Zagora repentinamente vieron su paisaje cambiado. Al día siguiente vieron también que cien cabras, traídas por los nómadas, devoraban las plantas y las flores que el sol no terminaba aún de consumir. La venganza no se hizo esperar.

La gente de los pueblos y de las ciudades desconfía siempre de los nómadas: vienen y van sin importarles el orden de los que viven entre esquinas. No tienen templo. Son vistos como herejes o maleantes, tolerados cuando sirven a las ciudades llevando caravanas a través del desierto, o haciendo en ellas comercio de cabras, de armas y de telas.

En Zagora los días de lluvia produjeron la alegría de mucha gente, pero sobre todo del *Tobib*, el viejo más viejo del lugar, que diariamente sube a la montaña antes de que salga el sol, se sienta en una roca que durante años ha limado la parte trasera de su túnica, de su *dyilaba*, y comienza a mirar todo lo que su vista le permite.

Ése es su trabajo cotidiano, él está seguro de que es importante, y todos en Zagora parecen creerlo. Lo primero que hace es mirar hacia un punto de la oscuridad que él solamente conoce y desde ahí comienza a invocar, con oraciones, a la luminosidad que le permitirá separar al día de la noche y al cielo de la tierra.

En el pueblo todos saben que el *Tobib* está en la montaña cuando comienza el día, y que en invierno su trabajo es más difícil: viejo y cansado no puede evitar que en la época de frío los días sean más cortos. Algunos se quejan de él y dicen que cuando el *Tobib* era joven los días lucían más y las cosas tenían más colores. Porque el *Tobib* se ocupa menos de poner la luz que de dar color a cada cosa.

Su jornada comienza cuando todo es negro hasta la punta de sus narices y, poco a poco, va recortando las cosas que conoce. Dice que "las siluetas de personas son más difíciles porque hay que tener buena memoria: la gente del pueblo se enojaría si su cara no fuese como la del día anterior". Después de recortar las palmeras del valle, de separar las casas de las montañas y darles su perfil a los que pasan por ahí temprano, comienza a pensar con fuerza en los colores de todo lo que ha separado. Al principio todo es muy gris pero después la fuerza del *Tobib* da colores tan intensos que cada cosa se sigue tiñendo sola por inercia.

Es normal que lo que esté más cerca tenga colores más encendidos que lo alejado; los poderes del *Tobib* se debilitan con la distancia: aquellas montañas del fondo, ya no se sabe si son azules o negras. Lo más importante en Zagora es que el *Tobib* suba a la montaña, porque su ausencia haría que la ciudad se quedara blanca y que la gente perdiera sus orillas.

"El pánico blanco" se llamó al miedo enorme que corrió en el pueblo de Zagora durante todo un día soleado en el que el *Tobib* no bajó de la montaña después de su labor, y cuando fueron a buscarlo encontraron su cuerpo teñido de rojo, atravesado por una daga que nadie en Zagora conocía.

Cuando entre los zagoríes corrió la noticia de su muerte, lo primero que pensaron fue que al día siguiente entrarían en otra vida, todos blancos o negros confundidos con la arena y las cosas. Ni siquiera sabían si ésa sería existencia. Algunos prefirieron morir en el instante y se tiraron a un pozo o se cortaron las venas. Otros ya iban muriendo al ver los primeros muertos y crecía en ellos su temor.

Siguiendo la pista de sangre encontraron que la daga pertenecía a los nómadas Tassali, la tribu de Kadiya. Convencidos de que la maldición caída sobre Zagora para el día siguiente sería lavada si sacrificaban a todos los hombres de aquella tribu, los apresaron y mataron uno por uno rezando con fe y aplicación antes del exterminio. Las mujeres fueron violadas y vendidas a los traficantes de esclavas y a los dueños de prostíbulos flotantes.

Antes de la muerte del *Tobib*, los nómadas llevaban más de dos semanas en Zagora. Hacía cinco días que los beneficios de la lluvia se habían acabado y los nómadas, desde entonces, habían tratado de abandonar el lugar pero, cada mañana, algún contratiempo se los impedía. Cabras perdidas, un accidente, el mal tiempo, un mal augurio. El guía de los Tassali temió que esos impedimentos se prolongaran y pasando por el templo de Zagora oyó la historia del *Tobib* en la montaña.

Al quinto día de retraso en su partida ya estaba convencido de que el *Tobib* se empeñaba en recortar sus tiendas cada mañana en el mismo lugar, y que, de esa manera, su tribu se había convertido en prisionera de la mirada de aquel hombre. Pensó liberar a los suyos bañando los ojos del *Tobib* en su propia sangre, como se hace con las cabras que descarrilan al rebaño.

Así contaba un viejo en la plaza de Mogador lo que alguna vez fue el pasado de Kadiya, los incidentes violentos que luego la llevarían hasta el barco de los faroles rojos, donde fue comprada para cada noche ser vendida. Había mucha gente oyendo al viejo *halaiquí* aumentar detalles y exagerar ademanes. A cada personaje le dio nombres usuales en Mogador y recibió más dinero que al contar otras historias.

Hasta Fatma que pasaba por ahí dejó caer una moneda grande. Oyó la historia con algo de espanto y, por supuesto, sin relacionarla con la mujer que

conoció en el *hammam*. Le parecía una historia como todas las que se cuentan en la plaza, tan distante de ella como cualquier otra de las que había oído ahí. Pero al alejarse de la plaza percibió algo como un cosquilleo de la memoria: como si estuviera a punto de recordar una palabra que no acababa nunca de ponérsele en la lengua. Algo en esa historia llamaba su atención de manera especial.

Había dejado de oír la leyenda en la plaza, pero los personajes y las acciones arrojadas por los ademanes del viejo todavía la ocupaban por dentro, tomaban una vida que su conciencia ya no podía controlar. Pensaba que ella nunca había visto la lluvia en el desierto, que tal vez valiera la pena mirar esa extrañeza; que la mujer de la historia perdió a su padre como ella lo había perdido, pero que aquélla por lo menos lo conoció. De cualquier manera, al oír esa historia hundía un poco más el pie en su tristeza y se otorgaba una consolación pensando que, por suerte, a ninguna de las personas que ella conocía y quería le había sucedido algo similar a lo de aquella mujer nómada, arrojada a la ausencia de todos los suyos y vendida en el burdel flotante.

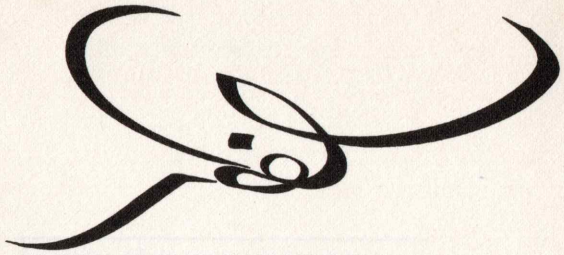
Entonces creyó recordar por fin lo que parecía tocar con tanta indecisión su memoria cuando acabó de oír en la plaza la historia del viejo. Creyó que era simplemente el recuerdo de una sensación similar a la de continuar ya en silencio una conversación terminada un poco antes. Varias veces le había sucedido que al leer las últimas páginas de un libro, seguía estando intrigada por la suerte de los personajes, incluso si éstos habían muerto en su novela. La intriga misma o un carácter descrito, alguna escena o una imagen, despertaban en ella regresos constantes de lo que había sido dejado atrás.

Y pensaba que lo mismo le sucedía ahora con la historia de la mujer nómada, que venía de nuevo a su

cabeza con sus otras obsesiones del día. Así, en su mente también, la figura deseada de Kadiya pasó muy cerca de la nómada que fue vendida en Zagora. Por una coincidencia tan acentuada que a Fatma le pasó desapercibida, en su cuerpo se cruzaron durante un instante las dos historias diferentes que eran en realidad sólo una y que, de haber podido aceptarlas juntas en su pensamiento, le hubieran dado la clave anhelada para acercarse de nuevo hasta los gestos apacibles de Kadiya. Pero el aire le arrebató también la aventurada idea de esa coincidencia. Había oído el vuelo del pájaro que buscaba pero no había sabido distinguirlo.

Fatma se dirigía a su casa cuando acababa la tarde en Mogador. Veía que, cuando la gente colocaba su cansancio en la nueva extensión que iban tomando las sombras, hasta los rasgos de las caras más duras parecían ganar una extensa calma. Pensó que los habitantes de Mogador entraban, a esa hora demorada, en una especie de segunda existencia similar en todo a la que adquirían en su mente los personajes de las historias ya terminadas.

Ella misma va entrando a ese silencio mientras entra con la noche por la puerta de su casa.



Los nombres del aire terminó de imprimirse en noviembre de 2003, en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810, México, D.F. .

Certificado No. 02-2082